

**María,
la Piernas Largas**

Carlos Candel

*A Marisa, “Mi Otras Piernas”,
por hacer que mi camino de espino
sea una senda de rosas.*

I. LA PIERNAS LARGAS

Se llamaba María. María La Piernas Largas. Este apelativo no se correspondía exactamente con la realidad. No es que tuviera las piernas demasiado largas, era sólo que se mantenía por encima del cogote de cualquier hombre del pueblo. Aquello la favoreció bastante de niña, pero la ayudó poco de mayor. Solía correr más que el resto de los niños de la escuela, pues sus zancadas eran siempre más largas. Un mérito pequeño, pues tan sólo había cinco niños en todo el pueblo. A María le gustaba la sensación de ganar una carrera. Quizás fuera lo único que había ganado en la vida.

Aquella mañana despertó temprano. Al contrario que la gente normal, si María trasnochaba, no era capaz de aguantar en la cama más allá de las ocho. Le sorprendió mucho despertarse en una cama que no era la suya. No tomaba por costumbre pasar la noche entera con un cliente. Odiaba los sentimentalismos.

Nada más abrir los ojos, la luz que entraba por la ventana le obligó a volverlos a cerrar, pero en esa pequeña porción de tiempo, algo le llamó enormemente la atención. Se trataba de un cuadro. Un cuadro enorme, pintado posiblemente al óleo, apoyado sobre lo que parecía un caballete construido con cuatro tablas. Una carcajada se escapó de su garganta, despertando al hombre que yacía junto a ella, envuelto en un laberinto de sábanas con olor a sudor y a desenfreno.

-¿Qué ocurre? –dijo el hombre sobresaltado.

-¿Qué-es-eso? –preguntó María dándole a cada una de estas palabras un énfasis intencionado.

-Un cuadro –respondió el hombre restregándose los ojos, un tanto molesto por haber sido despertado por tan poca cosa.

-¡Ya lo sé, imbécil! ¿Crees que estoy ciega?

-No, quizás un poco resacosa. Bebiste demasiado tequila.

María lo miró con aire desdeñoso. Era joven e increíblemente hermosa, pero la vida le había proporcionado experiencias tan duras que tuvo que aprender demasiado pronto. Hoy en día era la única puta del pueblo, y llevaba ejerciendo dicha ocupación desde hacía casi diez años. Aquel idiota engreído la había tomado por una quinceañera liberal que, llevada por la alteración hormonal que corresponde a la edad,

empieza a hacer sus pinitos en materias de sexo y alcohol. Eran muchas noches ya practicando el arte de la seducción. Su estómago había soportado demasiados tequilas y su hígado posiblemente se encontrara encallecido, con lo que le parecía ridículo que el joven que tenía a su lado le reprochara haberse excedido con la bebida.

Por otro lado, el joven pintor, que era conocido en el pueblo como José El Brochagorda (no tanto por sus malas artes en la pintura, que no eran tan malas, sino más bien por su conocido miembro viril), había tenido una vida más o menos fácil. Al margen de preocupaciones trascendentales. La había dedicado por entero al arte.

Ajeno a los pensamientos de María, dio media vuelta intentando reconciliar el sueño.

-¡Te estoy hablando de la pintura! –insistió en el tema La Piernas Largas.

-¿Qué le pasa a la pintura? –preguntó José realmente molesto esta vez.

-Ayer no estaba ahí –dijo María ahora con los ánimos un poco más calmados.

-Sí, lo sé, ¿y?

-Pues... ¡que no la había visto antes!

-Es que la he pintado durante la noche.

-¿Esta noche? –preguntó María sorprendida.

-Sí, mientras dormías. No pude evitarlo –respondió el muchacho con cierto aire de culpabilidad.

-Bien..., pero el caso es que... ¡soy yo!

-¡Pues claro! ¿Qué pensabas? No hay nadie más en la habitación. Te utilicé como modelo.

-No... –negó una y otra vez con la cabeza.

María se levantó sobresaltada. Se acercó lentamente de rodillas sobre la cama hacia el cuadro. Estuvo mirándolo fijamente durante un rato y, por fin, se dio media vuelta y miró al pintor. Éste se encontraba cubierto con las sábanas hasta la cintura, dejando el pecho al descubierto. Él también la miraba, intentando averiguar qué estaría pasando por su incontrolada cabeza. No era la primera vez que la contrataba. Le encantaba aquella chica. Pero temía sus prontos, su terrible irascibilidad, lo pronto que sacaba a relucir sus impulsos agresivos. Por ello, temía su contestación.

-¡Es una Virgen! –dijo María con los ojos relucientes, señal de que la sorpresa no le había agradado demasiado.

José asintió sin saber qué decir, pues era consciente de que dijera lo que dijera, no serviría para calmar los ánimos de María.

-¿Tú estás loco? ¿Cómo se te ocurre retratarme como si fuera una imagen religiosa?

-Era un trabajo que me habían encargado. No era capaz de que nada saliera de mis pinceles, de manera que se me ocurrió tomar tu cara como modelo.

María se quedó callada durante unos instantes, intentando masticar la situación.

-¿Qué vas a hacer con ella?

-Venderla –contestó él.

-Definitivamente estás tarado. ¡Alguien puede reconocerme en el cuadro!

-No. Lo único que tienes que hacer es no viajar a España. El hombre que me pidió el cuadro me dijo que iría a parar allí, a no sé qué Iglesia.

María volvió a callar y miró nuevamente el cuadro. José sabía que lo peor ya había pasado, así que hizo alarde de su valentía acercándose hasta ella. Cogió su cabeza entre ambas manos y la miró fijamente a los ojos.

-No hay nadie en este mundo que tenga una cara tan angelical como la tuya -dijo.

María no pudo evitar sonrojarse levemente, efecto que raramente se producía en su cara.

-Estás loco –dijo ella echando la cabeza hacia un lado, de forma que su hermoso pelo negro cayera sobre la cara y así pudiera evitar que José notara su rubor.

-No te preocupes, también te pagaré por ello.

Tras estas últimas palabras ambos se quedaron una vez más mirando el cuadro. Posiblemente se tratara de una de las mejores obras de José. Aquella mujer con las ropas azules era la viva imagen de una Virgen. Un aura amarillenta contrastaba con los ojos verdosos de la Patas Largas, y le daba aún un aspecto más sobrenatural. Lo que no le gustaba a María era que la hubiese retratado ficticiamente junto a la fuente del pueblo. Un detalle un tanto vulgar que contrastaba con la belleza del cuadro.

EL GUARDIÁN

No tenía nombre. Pero todos le llamaban El Guardián.

Cada cierto tiempo bajaba a la cantina y era entonces cuando los parroquianos aprovechaban para fusilarle a preguntas o para, en la mayoría de los casos, reírse de él. No lo hacían con mala fe y él no lo se lo tomaba a malas. Sucedió que era una de las pocas novedades de aquella pequeña comunidad. El Guardián no tenía mucho que contar en realidad, pero todos le esperaban para que relatase una y otra vez su historia.

Decía que había sido elegido para una misión secreta. Era el guardián de un gran tesoro oculto en algún lugar de las montañas. Nadie sabía concretamente el punto exacto, pues era una de las pocas cuestiones que El Guardián reservaba para sí mismo.

Según contaba, el tesoro había sido oculto en una cueva por unos piratas que hacía muchos años desembarcaron en la playa de los Abducidos. Ni siquiera recordaba ya el tiempo que había dedicado a cuidar el tesoro. Incluso llegó a perder conciencia de su vida anterior. Un misterio para todos era el porqué de ser él el elegido y cómo llegó a esa situación.

Siempre había alguien en la taberna que, tras escuchar la historia por primera vez, reía a carcajadas en sus propias narices. Eso no era algo que molestara a El Guardián. Estaba acostumbrado a tales desplantes. Al fin y al cabo, como él decía, “la ignorancia no es un bien, sino una catástrofe del entendimiento”.

-¿Cómo vas a guardar tú un tesoro? En vez de dar miedo, das risa.

Y la verdad, El Guardián no era un tipo que causara demasiado respeto. Su aspecto enclenque, sumado al achaque que, por causa de la edad, estaba torciendo sus huesos, inspiraba a los que le veían un cierto instinto protector y paternalista.

“Pobre hombre”, decían aquellos que se le cruzaban en el camino, “sabe Dios dónde se encontrará su oscura gruta”. “Probablemente tenga que escalar los riscos más abruptos y atravesar los ríos más fríos y profundos”.

El Guardián era un tipo tranquilo. Había tenido demasiado tiempo para templar sus nervios y aprender a tomarse las cosas con calma. En los días en los que se encontraba más hablador

contaba a los demás cuál era el objeto de su presencia en la puerta del filón de oro. Como todo guardián que se precie, a aquel que osase acercarse al tesoro debía proponerle un acertijo. Si el aventurero respondía correctamente, El Guardián dejaría que siguiese su camino, de lo contrario bastaría con mirarle para que el osado u osada cayeran fulminados.

De ahí que fuera a todas partes con unas gafas de sol, con unos cristales tan negros como el carbón. Y por ello, nadie en el pueblo supo de qué color eran sus ojos. Algunos decían que negros como una noche sin luna, otros que azules como el mar infinito, y otros, que rojos como la llama eterna de la muerte.

El caso era que, a pesar de no haber nadie que le creyese una sola palabra, jamás existió una persona con el valor suficiente como para decirle al Guardián que se quitara las gafas. Cuando todos llevaban un par de copas de más, comenzaban a bromear con él, y el Guardián se limitaba a sonreír.

-Guardián, si tu tesoro es tan grande y valioso, ¿cómo es que lo dejas solo?

Esta era otra de las típicas preguntas que solía hacer algún forastero o cierto mozo joven e ingenuo que todavía no conocía la historia al completo.

-Llevo tanto tiempo allí... –contestaba El Guardián-, y hace años que nadie se ha presentado en la cueva..., así que dudo que nadie vaya a visitarme esta noche. Además, está el Basilisco. Ese bicho nunca descansa y tiene más mala hostia que nadie que yo conozca.

A las visitas de El Guardián solía unirse el viejo Tejuán. Éste se había pasado la vida siguiendo a El Guardián.

Al principio sólo era cosa de varios días al año, pero al cabo del tiempo, se obsesionó tanto con el tesoro que abandonó todo por seguirle. Dejó a su esposa y a sus hijos para buscar un tesoro que nadie había visto jamás, ni siquiera El Guardián. Sagrario, su esposa, incluso se había vuelto a casar, pero eso era algo que le importaba poco a Tejuán. Era tal su fiebre que se pasaba meses enteros perdido en el monte. Y por mucho que lo intentaba, nunca conseguía dar con la entrada a la cueva de Alí Baba.

Cuando los clientes de la taberna se cansaban de hacerle preguntas a El Guardián, empezaban con Tejuán. Pero éste no lo aceptaba tan bien como el otro, así que cogía la puerta y se marchaba, momento que aprovechaba El Guardián para tomar la senda que llevaba al tesoro sin ser visto por su espía frustrado.

II. EL FORASTERO

Apareció una noche de verano. A pocos metros del Riachuelo del Perro. El arroyo recibía este nombre debido a que todos los años se encontraban allí varios perros colgados de la rama de algún desdichado árbol. Esa noche María venía por el camino que lleva al pueblo del Gorrión, donde sólo quedaba un habitante... y los gorriones. Una vez al mes solía hacerle un servicio a Pedro, El Solitario, pero esta vez un imprevisto la hizo volver antes de tiempo.

Sólo encontró sus huesos entre los surcos del arado. Los hay que piensan que, a causa de un descuido. Los bueyes debieron cogerle delante del arado y se lo llevaron arrastrando. Al parecer fueron los propios gorriones los que hicieron el resto. Aunque dicen las malas lenguas que El Solitario nunca cometería un error tan tonto y que los pájaros quizás se cansaron de su compañía. Nadie se sorprendió, salvo por lo macabro del asunto. A fin de cuentas Pedro era ya tan mayor que se esperaba.

María regresaba para dar aviso al médico del pueblo. Un tanto contrariada por los acontecimientos, no supo vislumbrar lo que se le venía encima a la altura del Riachuelo. El tren le atravesó a una velocidad inconcebible para ella. En mitad de la noche fue atropellada por lo que debieran ser duros muros de metal y afiladas ruedas de acero. Sin embargo los sintió como simples brumas fosforescentes.

El tren más cercano hacía parada a unos 300 kilómetros de allí. Ni siquiera se construyeron nunca raíles para soportar el peso de una bestia tan fugaz.

Cuando todo pasó, María se encontraba tendida boca abajo, con la mano cubriéndose la cabeza, como si de esa manera pudiera espantar al fantasma humeante y grotesco que le había recorrido el alma.

Una mano cálida le tocó el hombro. Se trataba de Moisés, El Forastero. Nunca había estado allí antes, pero ese sería el nombre por el que se le conocería en todo el pueblo. Cuando María volvió el rostro, asustada y con lágrimas en las mejillas, sólo pudo ver una sombra con lo que parecía un sombrero de ala ancha.

-Tranquila –dijo El Forastero tendiéndole una mano-, ya ha pasado todo. No creo que regrese en muchos años.

María le miró intensamente. Ni siquiera pudo ver su rostro, pero le bastó escuchar su voz. En aquel preciso instante no supo qué decir, pero sintió que jamás volvería a entregarse a un hombre por dinero.

-Aunque... un día volverá –dijo el hombre con cierta tristeza mirando hacia el lugar donde desapareció el tren-. Volverá a por mí.

IV. EL MALASOMBRA

El Malasombra vivía en el pueblo desde que era capaz de recordar. La noche en que El Forastero llegó al pueblo se encontraba en el huerto trabajando. Era habitual que trabajase de noche, pues El Malasombra rehuía la luz del día como a la mismísima muerte. De hecho, el motivo por el que lo hacía tenía que ver con la susodicha.

Ocurriría haría tres años. Estaba en el establo cuando aquel desgraciado caballo arremetió contra él, dejándole el cuerpo completamente dolorido. Según cuentan, El Malasombra vio en ese mismo instante cómo su propia sombra se levantaba del suelo, le miraba fijamente a los ojos -si es que aquella oscura criatura alguna vez los había tenido-, y le cogió del pelo, intentando arrastrarlo no se sabe bien hacia donde.

Por suerte, esa vez pudo escapar de quien él aseguraba que era la mismísima muerte que –según él dice -, por desgracia para todos nosotros nos acompaña durante toda nuestra vida, justo a nuestros pies.

Desde aquel día El Malasombra vivió convencido de que su sombra se reía de él. Incluso se atrevía a decir que la había visto más de una vez salir de su patrón imitativo para desternillarse de risa, revolcándose por el suelo. Pues cada día que pasaba, la maldita sombra sabía que era menor el tiempo que le quedaba de estar entre los mortales y así poder tenerlo por fin entre sus huesudos brazos.

De ahí que El Malasombra decidiese que nunca más un rayo de luz proyectaría su sombra sobre la arena. Aún así, aquella noche se arriesgó a caminar entre las luces de las farolas para acompañar a El Forastero a su casa. María, sabiendo que El Malasombra vivía solo en un viejo caserón, le pidió el favor de que alojase al recién llegado, reportándole los mejores cuidados que pudiera ofrecer.

El Malasombra, que en el fondo siempre fue un gran hombre, aunque eso sí, un tanto reservado a causa de tan poco afortunados acontecimientos, aceptó de buen grado la misión, acompañando a Moisés a su nuevo hogar. No sin antes advertirle de que se cuidara mucho de no encender una luz en su presencia y mucho menos descorder alguna cortina en plena luz del día. A Moisés poco le importaron las condiciones, pues lo único que

necesitaba era descansar. Aún así, cuando María le contó el porqué de las manías de El Malasombra, Moisés no pudo contener la risa.

-Es curioso –dijo sonriendo.

-¿El qué? –preguntó María divertida por el buen humor de Moisés.

-Es curioso –repitió-, que ese pobre hombre tenga miedo a su sombra porque piensa que es la mismísima muerte.

-¿Y qué hay de raro en eso? Yo también lo tendría –preguntó María.

-Pues que lo que no sabe es que va a alojar en su propia casa a alguien que ya es hijo de esa a la que él teme tanto.

María supuso que aquel atractivo hombre le estaba tomando el pelo, por lo que no le dio demasiada importancia a su comentario. Más tarde conocería la auténtica verdad. Moisés aseguraba estar muerto. Del lugar de donde éste provenía todos lo estaban. Un día decidieron acabar con sus vidas, y tenían una buena razón para ello. En aquel lugar todo había sido ya inventado, no quedaba nada interesante que hacer. El impulso creativo del hombre había sido abandonado a la fuerza en un árbol muerto, solo e indefenso ante el azote del tiempo. Ya no había razón de ser para la humanidad.

V. EL VISIONARIO

Dos días más tarde de la llegada de Moisés, María visitó al Visionario. En realidad, su nombre era Constantino. Éste había pasado la mayor parte de su vida encerrado en un desván, pero tras la muerte de sus padres no tuvo más remedio que salir al exterior. Necesitaba comida, que alguien le diera ayuda para buscarse la vida. Os preguntaréis por qué alguien decide estar veinticuatro años encerrado en una habitación y que, tras decidir salir de allí no es capaz de encontrar un trozo de pan que llevarse a la boca.

Por algún extraño acontecimiento durante su gestación Constantino había nacido sin rostro. Apenas tres orificios hacían las veces de boca y oídos. No tenía pelo, su cabeza se asemejaba a una pelota de fútbol emblanquecida a causa de los años de permanente oscuridad. No tenía ojos, pero desde muy niño un sexto sentido le había acompañado siempre. Constantino era capaz de adivinar cosas, predecir desgracias y aventurar buena suerte a aquellos que la llevaban escrita en su sino.

La señora Gracia fue la primera en verlo salir de la casa de sus padres. Todo el mundo en el pueblo desconocía de su existencia, de ahí que Gracia se asustase tanto al verlo. Aquel ser extraño deambulaba a plena luz del día, chocándose contra cualquier cosa que se topase en su camino. Parecía un demonio salido del infierno, desorientado por la luz a la que no suelen estar acostumbrados en las ardientes cavernas del averno. Aún así, ella pudo darse cuenta de que se trataba de un ser completamente inofensivo y se acercó a él, le cogió la mano y le preguntó:

-¿Dónde vas hijo?

Constantino estaba delgado como la piel de una pasa a consecuencia de los días que llevaba sin comer. No pudo articular palabra y si hubiera tenido ojos, hubiese roto a llorar allí mismo. Algunos dicen que de vez en cuando a El Visionario le aparecen un par de minúsculas gotitas allí donde debieran estar sus ojos. Debe de ser un recuerdo del subconsciente. Y también cuentan que esas dos gotitas son de plata y que a través de ellas se puede predecir el futuro de una persona. Pero... son sólo habladurías.

Gracia supo de su pena al sentir el temblor de sus manos, así que no dudó un segundo y le encaminó a su propia casa. Le dio de comer, le bañó, le duchó y le acostó. Durante años realizó la misma operación una y otra vez. Constantino aprendió a hablar a fuerza de darle las “gracias” a Gracia. No sabía cómo compensarle por todo lo que había hecho por él. No olvidemos que para el Visionario no había otro mundo que el que le reportaban cuatro paredes de barro cocido y un suelo lleno de paja. Más allá de la puerta por la que cada día aparecía su madre con un plato de sopa de pollo no había nada. Para él era imposible imaginar que fuera de otra manera. En aquel cuartucho inmundo nunca hubiese imaginado que él mismo conseguiría descubrir el gran tesoro de El Guardián, a pesar de ser poseedor de un don adivinatorio. Pero la verdad es que nadie es capaz de adivinar cosas que ni siquiera es capaz de concebir, con las que hasta la imaginación muestra cierta cautela.

El Visionario preguntaba a María a cerca de las cartas que lentamente había ido dejando colocadas sobre la pequeña mesa, pues al no tener ojos, los de ella le servían como bola de cristal. Le había preguntado algo en relación a esas cosas típicas sobre las que todo el mundo pregunta: salud, dinero,... Y todo marchaba como de costumbre. Constantino parecía un tanto aburrido con su clienta. Venía bastante a menudo y siempre preguntaba lo mismo, como si de un mes para otro fuera a cambiar su destino viviendo en un pueblo como el que vivían. Durante varios años, María jamás preguntó nada acerca del amor, pues ya se sabe que, con una profesión como la suya, es absurdo hacerse ilusiones. Sólo favorecería que La Piernas Largas se hundiese aún más en la tristeza. Además, los años le habían hecho demasiado dura como para aguantar a estas alturas las manías de un animal como los que solían regentar sus aposentos. El pintor... quizás. Cierto era que sus maneras se mostraban normalmente mucho más sutiles que las del resto, y tenía unas manos que... en fin, muy buenas manos. Sin embargo, era demasiado engreído y joven como para estar a la altura siquiera de los talones de una mujer como María.

A diferencia de las anteriores veces ésta preguntó sobre su futuro amoroso. Sin duda se trataba de una novedad para Constantino. Siempre quiso estar presente el día que sucediera, y ahora su deseo se había cumplido. El Visionario era muy

comedido y, si no se lo pedían, él no se atrevía a husmear en los secretos de sus clientes.

María barajó una vez más el taco y le entregó las cartas a Constantino. Éste sacó una y esperó a que ella le dijera cuál de todas había salido. Aguantó pacientemente, pensando que María, después de tantas veces, ya habría aprendido que cada vez que él levantaba una carta, ella debía decirle el nombre. María enmudeció y el Visionario desistió de esperar y finalmente preguntó:

-¿Cuál ha salido, hija mía? Que pareces nueva.

La Piernas Largas continuó muda, y Constantino comenzó a sentirse un tanto acalorado en la pequeña habitación. Por un instante pudo ver la carta en la cabeza de María, que no era otra que la Muerte. Por fin, el ruido de una silla que estaba siendo arrastrada bruscamente rompió la tensión que se había creado en cuestión de segundos, y acto seguido Constantino escuchó la puerta de la calle cerrarse de golpe.

VI. EL ALMA DEL INVENTOR Y LA MARCHA DE HERMENIGILDA

Moisés se había adaptado muy bien a la vida en el pueblo, y había conseguido hacerse con las simpatías de casi todos los vecinos. En un par de meses consiguió ponerse de acuerdo con el herrero para que éste le hiciese varias piezas metálicas que necesitaba. Quería construir un invento. Todas las tardes mantenía entretenidos a un grupo de aldeanos. Estos disfrutaban como niños y se pasaban las horas muertas observando el trabajo de El Forastero. Tras un par de pruebas y varios intentos fallidos consiguió poner en marcha una máquina diabólica. Ésta era capaz de suplantar a los bueyes de Pedro, el de la casa rosa. Pedro tenía una casita justo a las afueras del pueblo, junto a varias hectáreas de campo que él y su mujer se encargaban de cultivar. Pintó la fachada de color salmón intenso al darse cuenta que ese color ahuyentaba a los pájaros que venían a destrozarle la cosecha. Podéis imaginaros la de bromas y comentarios de mal gusto que tenía que aguantar el pobre hombre en la cantina del pueblo.

Al principio, el invento tuvo muy buena acogida por parte de la pareja de agricultores, incluso varios aldeanos caprichosos le pidieron a Moisés un “cacharro de esos” de encargo. Con sólo dar un botón y girar un pequeño círculo de plástico, Pedro era capaz de arar todo un campo en una mañana, trabajo que le llevaba un par de días cuando lo hacía con los bueyes. Sin embargo, poco a poco, Pedro se dio cuenta de que algo no funcionaba y un día se fue a ver a Moisés y le dijo:

-¿Y ahora que hago yo con los bueyes? Se pasan el día comiéndose todo lo que yo acabo de cultivar. En cuantito crecen un poco las zanahorias, ellos van y se las comen. Y es que estos bichos no saben hacer otra cosa. Ahora que tienen todo el tiempo del mundo para dedicarse a tirarse a la bartola... van y se me aburren, ¡los muy gansos!

La verdad es que aquella idea no se le había pasado por la cabeza a Moisés, y cierto era que no carecía de razón el bueno de Pedro. Una vez más, El Forastero había visto frustrada su calidad de inventor. No había sitio para él en este mundo. En los lugares donde todo estaba inventado ya no era de utilidad, y en los que la civilización apenas había dado unos pequeños pasos

de bebé, no querían saber nada de la tecnología, pues en realidad no les era de demasiada utilidad.

Por otra parte, todo iba viento en popa en su relación con María. Ésta había dejado definitivamente la prostitución y se había dedicado a la fabricación de utensilios de cocina artesanales. Utilizaba un torno de arcilla, que el mismo Moisés había hecho para ella, con el que modelaba las piezas. Y un horno que usaba para cocerlas y que estuvieran listas para su venta, elemento que también había sido ideado por Moisés.

Se la veía más feliz que nunca e intentaba no pensar en la carta que el Visionario había puesto sobre la mesa aquella tarde. Le bastaba con saber que El Forastero estaba a su lado y que él la quería tanto como ella lo quería a él. Se habían mudado a una casita a las afueras, a pesar de que El Malasombra se había empeñado en ofrecerles una habitación en su propia casa, por eso de no estar solo todo el día.

María se había negado rotundamente. También estaba la antigua casa de La Piernas Largas, el único legado que le había dejado su difunta madre antes de marcharse junto a su padre, pero esa idea era aún más descabellada. Tenía la necesidad de crear una vida nueva, sin que nada pudiera hacerla recordar todo lo que había pasado. Curiosamente incluso el carácter se le había dulcificado en tan sólo un par de meses. Se pasaba el día canturreando por la casa, con las manos agrietadas a causa del barro.

Moisés, sin embargo, aunque era feliz con María, sentía la necesidad de aportar algo útil a aquel pueblo que tan bien le había acogido. Se encerró durante un mes en una de las habitaciones de la casa. Sólo salía a la hora de irse a dormir, que para La Piernas Largas era demasiado tarde, pues cuando éste llegaba ella ya se había quedado dormida. Cada vez que María entraba en aquella habitación oscura lo veía tendido en el suelo con una tiza en la mano y mirando una pared, en la que un sinfín de símbolos incomprensibles iban creciendo y multiplicándose con el paso del tiempo.

Por fin, una mañana Moisés abandonó su cautiverio voluntario, portando entre los brazos dos barras decoradas con cables de diversos colores. Salió de casa sin decir palabra y se detuvo en la plaza del pueblo. Allí colocó una de las barras en el suelo. Varios curiosos se fueron acercando para observar el

nuevo invento de El Forastero. Moisés dio media vuelta y se encaminó a la fuente, que se encontraba a poco menos de un kilómetro. Allí colocó la otra barra y después regresó a la plaza. Cuando llegó ya se habían reunido allí la mayor parte del pueblo. Se subió a un pequeño banco de madera y alzó las manos.

-Lo que ustedes ven aquí, señores y señoras, va a cambiar sus vidas para siempre –se detuvo un momento para observar las caras de los presentes, que le miraban absortos sin poder dejar de abrir la boca-, ¡éste es el invento del futuro! La tecnología llama a sus puertas para abrir brecha en sus hogares.

La escena podríamos compararla con la de un pastor hablándole a sus ovejas. Estaba claro que nadie comprendía palabra alguna, pero les gustaba la fuerza y animosidad de Moisés. Para ellos no era más que una distracción más.

-¡Necesito un voluntario! –gritó Moisés ante la evidencia de que su discurso no era menos absurdo que hacer una fogata en medio del río.

Los vecinos se miraron unos a otros, e incluso algunos agacharon la cabeza como si se encontrasen frente al profesor de la escuela. Finalmente fue Hermenigilda la que dio un paso adelante y dijo:

-Yo misma. ¿Qué hay que hacer?

Moisés bajó de su pedestal y se encaminó hacia la anciana más anciana del pueblo. Hermenigilda había conseguido enterrar a toda su descendencia. Hoy en día nadie podía saber qué edad tenía, pero el caso es que esta mujer se las arreglaba perfectamente y nunca necesitó de la ayuda de nadie en el pueblo para realizar sus labores. Colocó a la vieja frente a la barra cableada.

-Hermenigilda estás a punto de sentir en tus propias carnes la desintegración atómica, el viaje a través del infinito, la ruptura de las barreras del espacio y la materia. Todo en uno. En el momento en el que estés preparada, pasa por encima de la barra y entonces te encontrarás junto a la fuente.

Se escuchó un “¡Ohhh!” general. Moisés se encontró satisfecho con su explicación, pues parecía que había sido entendida por todos.

-De esta manera nadie necesitará más darse la caminata hacia la fuente. Pensad la de mañanas calurosas que habéis

tenido que subir hasta allí, sólo a por una garrafa de agua. Con este nuevo invento no habrá necesidad, pues recorreréis ese espacio en cuestión de segundos.

María escuchaba atenta las explicaciones de su pareja entre la multitud. Le parecía increíble que en un mes hubiese sido capaz de construir semejante máquina. No podía evitar estar orgullosa de aquel al que amaba tanto.

-¿Estás preparada, abuela? –le dijo Moisés, mientras ésta asentía con la cabeza y se preparaba para dar el gran salto.

Hermenigilda desapareció ante los ojos incrédulos de los allí presentes, que se apresuraron a dar un paso atrás, por miedo a que aquella máquina se los fuese a tragar también. Moisés tuvo que calmar los ánimos de la población.

-No os preocupéis. ¡Vayamos a la fuente! Veréis como está allí.

Todos corrieron hacia la fuente, pero cuál fue la sorpresa de Moisés cuando llegó y Hermenigilda no estaba.

La estuvieron buscando varias semanas y no aparecía por ninguna parte. Alguien dijo una vez:

-La mujer quería recorrer mundo... estará por ahí.

Nunca más volverían a verla con vida.

VII. LA BEATA

María Trinidad, La beata, apareció por el pueblo seis meses después de la llegada de El Forastero. Había ido a parar allí por casualidad. Era española. Una noche la encontraron en la Playa de los Abducidos. Iba desnuda y con la cabeza un poco desorientada. No hacía nada más que preguntar dónde se encontraba, y acto seguido se desmayaba al conocer su paradero. Cuando la preguntaron, al cabo de dos días, que dónde creía estar, ella contestó:

-En España, en mi casiña, con mi hija.

Al parecer, una noche se encontraba María Trinidad caminando por el monte, en busca de visones, cuando se topó con una enorme luz que provenía de un gigantesco platillo volante. Según cuentan -y esto ya es habladuría popular-, fue abducida por los extraterrestres. Éstos la hicieron pruebas y más pruebas, e incluso abusaron de ella sexualmente. Se conoce que los extraterrestres no conocían a la raza humana, porque María Trinidad era una anciana de ochenta y dos años, y si pretendían usarla como mujer probeta, se equivocaron de espécimen. Después la durmieron y ya no recordó nada más hasta la noche de la playa.

Rosario y Fermín, los dueños de la cantina, la mantuvieron en cama un par de semanas, hasta que la pobre mujer se recuperó de sus lesiones -que eran más bien pocas-, y sobre todo del susto.

Ahora la cuestión era cómo hacer para que la mujer regresara a su casa. No tenía ni un centavo y en estas edades es difícil encontrar un trabajo con el que ganar el suficiente dinero como para viajar miles de kilómetros. La gente del pueblo tendría sus defectos, pero hospitalarios eran como nadie y no iban a consentir que aquella anciana pasase el resto de sus días en un lugar donde no quería estar, lejos de su familia. Así que, el día de San Fermín decidieron hacer una fiesta en su honor, con el propósito de reunir algún dinerillo para María Trinidad. Todo lo que recaudasen sería para su viaje.

Cada familia del pueblo aportó algo a la fiesta. Tortillas, pimientos asados, pasteles, frutas, bebida,... Los que no servían para cocinar, si sabían tocar algún instrumento o cantar,

amenizaban el baile, y el resto aportaba el capital, que gastaban en la cena y en la bebida de después de la cena.

La fiesta fue un auténtico éxito y María Trinidad quedó muy agradecida por el dinero que recibió. Fermín se encargó de comprarla un billete en barco que la llevaría hasta su Galicia natal una semana después.

Una mañana antes de su partida, La beata se encaminó hacia la fuente con la intención de dar el correspondiente paseo de despedida por el pueblo. María Trinidad no andaba bien de la vista, de manera que no supo vislumbrar quién era la persona que se encontraba llenando un par de garrafas de agua en la fuente. Antes de que ella pudiera llegar, la mujer de las garrafas ya había terminado. Se volvió sonriente hacia la anciana, pero ésta estaba todavía a unos metros y no era capaz de distinguir los rasgos de su rostro. Aquella persona empezó a andar hacia ella y cuando ya estuvo a su altura dijo:

-Buenos días, María Trinidad.

La beata cayó de rodillas al suelo, y poco le importó que sus doloridos huesos se aquejaran de aquel brusco choque contra la arena. Colocó ambas manos en señal de oración y alzó la cabeza hacia el cielo. La mujer que acababa de cruzarse en su camino no era otra que María, La Piernas Largas. Pudo verla en su fiesta, pero al ser de noche, haber asistido tanta gente y siendo medio cegata como era -sin mencionar que la memoria cada vez le jugaba peores pasadas-, María Trinidad no sería capaz de reconocer a toda la gente que asistió a la fiesta esa noche.

La Piernas Largas ya se había encaminado hacia su casa, tan rápidamente como le permitían sus piernas, pues el peso de dos garrafas llenas no es como para brindárselo durante mucho tiempo a unos brazos tiernos como los suyos. Sin embargo, tuvo que girarse al escuchar el golpe seco contra el suelo. Pensó que La beata había sufrido algún tipo de achaque. A su edad no sería raro.

-María Trinidad, ¿está usted bien? –preguntó María a la anciana, que no hacía otra cosa que mirarla maravillada.

-La virgen... virgenciña mía de mi alma... qué guapa eres... –no paraba de repetir la gallega.

A los ojos de María Trinidad, la imagen de La Piernas Largas, encuadrada bajo el sol de verano, cuyo halo rodeaba su

cabeza a modo de corona celestial, era la viva aparición de una virgen, la Virgen de la Fuente.

-¿La ocurre algo? –preguntó aturdida María, y diciendo esto La beata cayó redonda al suelo desmayada.

María llevó de regreso al pueblo, a cuestas y como pudo, a la vieja, y en el momento en el que ésta volvió en sí, La Piernas Largas intentó explicarla que todo había sido un malentendido, pero cada vez que se acercaba a ella, María Trinidad volvía a desmayarse. De forma que terminó por aburrirse y desistir de toda explicación por su parte.

Esa misma noche, La beata volvería a ser abducida por los extraterrestres, convencida de que se le había aparecido la mismísima Virgen de la Fuente. Y lo que más dolió al pueblo entero fue que María Trinidad llevaba en el bolsillo el dinero recaudado en la fiesta para pagar el billete de vuelta a España.

VIII. ADIÓS GRACIA

La noche en la que ocurrió, Constantino despertó sobresaltado. Algún mal presagio le había desvelado. Lo primero que hizo fue ir a la habitación de Gracia, su madre adoptiva. Palpó la cama y no la encontró, lo que le asustó aún más. Buscó por toda la casa, pero era una labor extremadamente ardua encontrarla sólo con las manos. Quizás había pasado por encima de ella y no se había percatado de su presencia. De repente, se le vino a la cabeza una imagen del último sueño que había tenido esa noche. Soñó que sacaba agua del pozo, así que corrió desesperado al patio y busco a tientas el cubo del agua, sin obtener resultado. La cuerda se había soltado y el cubo debía de estar hundido en el fondo. Tiró tan fuerte como pudo de la cuerda. Al principio, el peso indicaba que lo único que llevaba en su interior el cubo era agua. Sin embargo, tras haber sacado un par de metros de cuerda, a El Visionario le fue imposible continuar. Algo impedía que éste pudiera seguir subiendo. Podría haberse quedado atascado en alguna pared, pero Constantino estaba convencido de que no era así.

Corrió a la cantina, con la esperanza de que Rosario y Fermín aún estuviesen en pie y pudieran echarle una mano. Tenía la sensación de que todo estaba perdido ya, y aún así no dudó en intentarlo. Corrió y corrió, a ciegas. Sabía el camino de memoria y podía intuir en qué lugar se encontraba a cada paso que daba. Primero debía cruzar la plaza del pueblo, después atravesaría un par de callejuelas y finalmente llegaría a la cantina.

Según sus cálculos, no habría terminado de abandonar la plaza cuando chocó contra una pared. El golpe posiblemente le habría fracturado la nariz –si la tuviera-, pero el dolor hizo que perdiera la conciencia durante un par de horas. Despertó débil, seguramente el golpe le habría abierto una brecha en la cara y habría perdido mucha sangre. Tocó con las manos la fría pared contra la que había chocado. Era rugosa e irregular. Avanzó lentamente, con la pared como única guía. Podía sentir, no demasiado lejos, la presencia de otro muro que iba acompañándole durante todo el trayecto. No tenía ni idea de dónde podría encontrarse. No era la primera vez que se perdía en el pueblo, pero no recordaba ninguna calle tan angosta como

ésta. El suelo también tenía deformaciones. A veces cuidaba mucho de no dar un mal paso, pues éste se encontraba repleto de hoyos y grietas.

Por fin, un tintineo sonó a sus pies. Estaba pisando algo extraño. No reconocía su tacto. Parecían piedras chocando unas contra otras, pero el tintineo era más metálico que el de las piedras al chocar. No podía continuar, pues había tantas que bloqueaban el camino. Se agachó y cogió varias de ellas. Si su tacto no le engañaba había encontrado el tesoro de El Guardián.

IX. TEJUÁN ENCUENTRA A EL GUARDIÁN

Tejuán entró abatido en la cantina. Llevaba la cabeza gacha y los hombros caídos. Andaba con paso lento, como si le pesaran una tonelada cada pie. Se hacía raro verle por allí solo, pues lo lógico, a lo que tenía acostumbrado al personal, era entrar un rato después de la visita de El Guardián. Por eso, todos los presentes se abstuvieron de hacer comentario alguno. Tejuán se sentó en una de las banquetas, como para pedir algo, pero no lo hizo. Se limitó a limpiar la barra de roble con la mano, mientras decía para sí:

-Le he encontrado.

Fermín, que se encontraba al otro lado de la barra, limpiando unas copas de cristal, miró a Rosario y ambos se encogieron de hombros. Se acercó a Tejuán, aún con el trapo de cocina en el brazo, y le preguntó muy serio:

-¿El qué has encontrado Tejuán? ¿El tesoro?

Tejuán parecía estar en su propio mundo, alejado de toda conversación, pero respondió:

-No, a El Guardián.

La respuesta sorprendió a todos, pues no era la esperada. Los que se encontraban lejos se arrimaron para escuchar mejor, y Fermín continuó la charla:

-¿A El Guardián?

-Sí –respondió Tejuán.

-¿Dónde?

-Allí arriba, en la montaña. Llevaba semanas buscándole.

-Bueno, Tejuán –dijo con tono condescendiente un anciano que se encontraba cerca-, sabes que eso es normal, no es como para ponerse así. A veces te pasas meses sin verle. Estaría escondido en su cueva.

-No lo entiendes.

-¿Qué?

-Creo que estaba muerto.

-¿Qué? –preguntaron todos al unísono.

-Bueno... que... creo que estaba muerto –dijo Tejuán-, ahora cómo voy a encontrar el tesoro –murmuró esta vez para sí.

-No puede ser verdad –dijo Rosario escandalizada-, ¿estás seguro?

Tejuán admitió con la cabeza, sin decir palabra, y en todos y cada uno de los que se encontraban en la cantina algo se encendió en sus cabezas. No podían dejar allí arriba al pobre Guardián. Era muy triste pensar en él. Había vivido solo y había muerto solo. El único compañero que había tenido en estos años era Tejuán, y ni siquiera con él podía compartir su mayor secreto. Era injusto dejar su cadáver a merced de los buitres.

Se organizó una búsqueda en la que participaron todos los habitantes del pueblo, y en la que Tejuán sería el guía. Al fin y al cabo, él había sido el primero en encontrarlo. Estaba convencido de saber su paradero. Todos confiaban en encontrarlo intacto, sin haber sido devorado aún por las alimañas del monte.

Tras varias horas de caminata, Tejuán se detuvo ante un acantilado.

-Allí está –dijo.

-¿Dónde? No lo veo –preguntó uno.

-Allí –volvió a repetir Tejuán señalando esta vez con el dedo hacia la pared del acantilado.

Todo el pueblo se esforzaba por buscar el cuerpo del difunto, pero por más que lo intentaban no lograban encontrarlo. Ante ellos sólo había un coloso totalmente vertical de afilada roca, que ascendía cientos de metros sobre sus cabezas.

Algunos empezaron a pensar que tantas jornadas de solitaria búsqueda en el monte había trastornado un poco la cabeza de Tejuán y que, lo que él estaba viendo no era más que una simple alucinación, producida por su propia locura.

Por fin, Tejuán se acercó a una roca y, para asombro de todos, la señaló con el dedo.

-Aquí está –dijo satisfecho.

Era El Guardián, no cabía duda, sólo que había llegado a formar parte de la propia pared de piedra. Se encontraba en posición de hacer sus necesidades cuando debió llegarle la hora, a juzgar por el ángulo de noventa grados que formaban sus piernas.

A muchos les dolió la pérdida de El Guardián, pero lo que más les dolió fue el esfuerzo de subir hasta allá arriba para nada.

-Pero... –dijo Moisés, interrumpiendo el silencio-, ¿dónde está la entrada a la cueva de Alí Baba?

-No lo sé –respondió Tejuán.

X. EL TESORO

A través de las paredes de aquel extraño lugar Constantino podía sentir metros y metros de piedra. No terminaba de encontrarse del todo a gusto, pues a pesar de no ver absolutamente nada, era evidente la presencia omnipotente de la oscuridad. Puede parecer absurdo el miedo por la oscuridad de Constantino, pero para ser justos con él, se ha de pensar antes en la cantidad de años, meses, semanas, días, horas, minutos, segundos,... que él había pasado encerrado en una pequeña habitación, con una madre que se avergonzaba de la imagen de su hijo como único vínculo con el exterior. A su padre sólo le conoció de oídas. A veces escuchaba su voz en el piso de abajo. No es de extrañar entonces que El Visionario sintiera terror hacia la oscuridad y el encerramiento, símbolo que le transportaba inmediatamente a un mundo de aislamiento y rechazo.

Sin embargo, Constantino logró superar el miedo, teniendo en su mano el arma de la esperanza. La esperanza de encontrar la salida, de tener la suerte de haber encontrado un tesoro, que no eran las miles de monedas y cacharros de oro que se encontraban a su espalda, no, sino el haber podido conocer a una mujer como Gracia.

Este pensamiento le recordó el pozo, el cubo atascado y la posibilidad de que su madre adoptiva se encontrara en el fondo, bloqueando la salida. Eso le aterrorizó aún más que la idea de encontrarse en aquella cueva, a oscuras, pues sin ella estaría solo en el mundo y más en tinieblas de lo que nunca hubiese estado.

Apresuró sus pasos y al cabo de cinco minutos empezó a sentir una radiación en su rostro. Se trataba de la luz del sol que, teniendo en cuenta la fuerza con la que las pequeñas partículas cargadas de energía golpeaban cada célula de su cara, debía ser la hora de la comida, con lo que Constantino comprendió que había pasado la noche entera dentro de la cueva. Intentaba explicarse a sí mismo cómo había podido llegar a encontrar el tesoro si, sus pasos se habían dirigido directamente a la cantina.

Escuchó voces a lo lejos, justo bajo sus pies.

No me preguntéis cómo, pero el caso es que la casualidad quiso que Constantino hubiese ido a parar a la entrada de la cueva justo en el momento en el que el resto del pueblo acababa

de encontrar el cadáver petrificado de El Guardián. Y más casualidad aún fue el hecho de encontrar una escalera de piedra que conducía a la entrada de la gruta, cien metros arriba, donde se encontraba ahora gritando y haciendo gestos con los brazos el bueno de Constantino. Nadie supo decir si la escalera había estado siempre ahí, camuflada, o acaba de aparecer como por arte de magia. Tejuán se maldecía a sí mismo diciendo que había pasado por allí cientos de veces y nunca se había percatado de la presencia de ésta. Tal vez, ahora que El Guardián estaba muerto y había dejado de proteger la entrada, se mostraba por primera vez a la vista de cualquiera.

Tras ayudar a descender a Constantino, hubo una reunión general. Fermín, que además de ser cantinero, se ocupaba de la labor de alcalde del Ayuntamiento, así lo decidió. Era de suma importancia el decidir qué hacer con el tesoro. Ahora que sabían que verdaderamente existía y que no era una fantasía de El Guardián, no podían dejarlo allá arriba, y mucho menos ahora que éste estaba muerto. Cualquiera podría entrar allí y hacerse con el tesoro, que actualmente había pasado a formar parte del patrimonio del pueblo.

Más tarde la gente se preguntaría cómo El Visionario había podido encontrar la cueva, resolver el enigma de El Guardián, pasar por delante del Basilisco sin que éste le hiciese el más mínimo daño y encontrar el tesoro a ciegas. Para resolver la primera cuestión harían falta unos días, pues todavía no se tenían los datos esclarecedores que se adquirirían más tarde. En lo referente a lo del enigma de El Guardián estaba claro que éste ya estaba muerto antes de que Constantino entrara en la cueva o, como se sabrá más tarde, El Visionario accedió a la gruta por... digamos otra entrada. Y en cuanto al Basilisco, todo el mundo sabe que éste ataca cuando alguien le mira, te fulmina con un rayo y es capaz de dejarte tieso al instante. Pero se da el caso de que Constantino no tiene rostro, por lo que tampoco posee ojos con los que mirar, ni al Basilisco ni a nadie. Debido a esta última cuestión, alguien tuvo la propuesta, aprobada por mayoría, de que fuera Constantino el que volviera a entrar, atado a una cuerda, en la cueva y fuera sacando poco a poco el tesoro, mientras varios hombres lo iban contando y ordenando en grandes cofres de madera.

Para esclarecer el problema de la llegada de Constantino a la cueva, fue muy importante la ayuda de Moisés, que en seguida se percató de que su último invento había quedado olvidado, ya fuera por el despiste o por la frustración que le produjo el admitir que no funcionaba, en la plaza del pueblo. Tras la historia que pudo contarles El Visionario, Moisés dedujo que su máquina había sido la causante del asombroso descubrimiento. Era evidente que ésta seguía sin funcionar correctamente, pues de alguna manera, había vuelto a unir cada una de las partículas que formaban el cuerpo de Constantino en el lugar incorrecto. Así y todo fue una suerte el fabricar la máquina con tara, y éste fue, en concreto, uno de los puntos que más polémica trajo a los habitantes del pueblo. Pues, una vez recompuesto el tesoro y transportado al pueblo, volvió a realizarse una reunión extraordinaria. Moisés aseguraba que el tesoro o, en su defecto la mayor parte, debía de ser para él, pues gracias a su máquina se había podido llevar a cabo el descubrimiento. Por otra parte, Constantino, se esforzaba en explicar que sin su valor, su coraje y trabajo, nunca hubiesen dado con él. Fermín, alcalde –además de cantinero–, no cedía un milímetro y, puesto que el tesoro se hallaba en el término municipal del pueblo, éste debía quedarse en las arcas del ayuntamiento. Aunque, de no ser porque Tejuán hubiese ido en su busca, nunca habrían dado con Constantino, y éste ahora seguiría perdido en la cueva, por lo que parte del tesoro debía de ir destinado a la reforma de la cantina, de la que todos disfrutaban. Y, a propósito de Tejuán, éste no paraba de repetir que después de tantos años de búsqueda no iba a consentir que ningún mequetrefe aprovechado le fuera a quitar, no una parte del tesoro, sino íntegro éste. Además aseguraba que estaba dispuesto a matar por él.

En lo que sí estuvieron de acuerdo todos fue en realizar un funeral por todo lo alto en honor a la difunta Gracia, que en mala hora había ido a morir, pues hasta su propio hijo adoptivo tenía en este momento mejores cosas en las que pensar, e incluso había llegado a olvidar momentáneamente la muerte de ésta. Pero el funeral no fue individual, por desgracia, sino doble, pues en la recogida del tesoro, Constantino tuvo la buena o mala suerte de tropezar con los huesos de alguien. Y todos supusieron que era la pobre Hermenegilda que, al igual que Constantino,

tras probar la máquina de viajar, había ido a parar, por un error de cálculo, a la cueva de El Guardián. Evidentemente, ésta no tuvo tanta suerte y fue fulminada por el Basilisco.

XI. LA GUERRA DE LAS DOCE HORAS

María no podía creer que Moisés, su pareja, ese hombre tan educado, tranquilo e inteligente, se hubiese puesto así en el Ayuntamiento, delante de todo el pueblo. Claro que..., Constantino, Fermín y Tejuán no se quedaron atrás. De Tejuán no le extrañó tanto pues, al fin y al cabo, se había pasado la vida buscando el tesoro. Incluso estuvieron a punto de llegar a las manos, si no hubiera sido porque el resto del pueblo se abalanzó sobre ellos. No para separarlos, no, sino para reclamar su parte del tesoro, pues habían participado en la mudanza de éste.

Para cuando hubieron terminado los funerales, Moisés ya se encontraba trabajando en su taller. María no podía llegar a imaginar qué se le había ocurrido esta vez, pero no tenía por más que esperar lo peor. Siempre que El Forastero fabricaba una máquina, terminaba trayendo alguna desgracia más al pueblo.

El tesoro había quedado bajo custodia en el Ayuntamiento. Cuatro hombres se encargaban de cuidar de que nadie intentase tocar una sola moneda de los cofres hasta que se supiera el destino de tan codiciado botín. Para que nadie desconfiara se hicieron turnos de guardia, entre los que figuraban Moisés, Constantino, Fermín y Tejuán. Sí, ya sé que es incomprendible que un hombre que no tiene rostro vigile un tesoro, pero es sabido que aquellos que carecen de un sentido agudizan mucho más el resto, y en este trabajo era necesario mucho más que dos simples ojos.

La mayor parte del tiempo, estos vigilantes se lo pasaban observándose entre ellos. En realidad temían más por los que estaban cerca del tesoro que por los que estaban lejos, pensando en una estrategia eficaz que les sirviese para quedarse con el premio. Ninguno permitiría que otro saliera con el botín fuera del Ayuntamiento.

María golpeaba inútilmente la puerta del taller, esperando escuchar algún tipo de ruido al otro lado que le diera una pista sobre el propósito de Moisés. Sólo oía crujidos y golpes metálicos. Ni siquiera Moisés se molestó en contestar a sus insistentes llamadas. Había cerrado a cal y canto la puerta. María se asustó un poco al escuchar varias explosiones, acercó nerviosamente la oreja a la puerta y pudo dejar de contener la

respiración cuando volvió a escuchar el ajetreado martilleo de su pareja.

Tras unas horas de espera, María vio cómo Moisés abría la puerta y salía rápidamente del taller. Llevaba varios objetos alargados entre sus brazos. Éstos eran metálicos, con uno de los extremos de madera. Hacia el otro extremo el objeto se ensanchaba en dos tubos huecos, y justo al inicio de estos, Moisés había colocado una arandela que coronaba una pequeña pestaña metálica. Eran escopetas, y las explosiones no eran otra cosa que las pruebas que El Forastero había realizado con pólvora casera.

-¿Qué vas a hacer con eso? –preguntó María asustada.

-Comenzar el partido –respondió Moisés con la mirada perdida en la puerta de la casa, mientras continuaba avanzando hacia ésta, evitando el contacto de María, que sabía le pondría freno en su propósito.

-¡Estás loco! ¿Qué te ocurre? ¿No te das cuenta que el tesoro te ha trastornado la cabeza?

Moisés no respondió esta vez y salió a la fría noche. Se detuvo en la cantina, que por primera vez en mucho tiempo, se encontraba vacía a estas horas de la noche. En el interior, Rosario reprendía a Fermín por haber dejado el tesoro al cargo de esos inútiles, que seguro se quedarían dormidos en la primera tentación de sueño.

Fermín se quedó helado al ver la entrada de Moisés en la cantina, y Rosario calló de golpe. No esperaban su visita en estas condiciones. El Forastero se limitó a dejar una escopeta y una bolsa de pólvora sobre la barra de madera, dio media vuelta y abandonó la cantina en un abrir y cerrar de ojos, sin mediar palabra. A Tejuán lo encontró custodiando el tesoro, y a Constantino en el cementerio, velando por Gracia, e hizo lo mismo con ellos que con el cantinero.

A partir de ese momento comenzaría la Primera Guerra Civil del pueblo, que también fue conocida como la Guerra de las Doce Horas.

XII. EL ASEDIO AL AYUNTAMIENTO

Hay pocas cosas que se aprendan tan rápido como el uso de un arma de fuego. Sin haberla utilizado con anterioridad, Tejuán consiguió ahuyentar al resto de vigilantes mediante disparos al aire. Lo primero que hizo al verse solo fue coger una de las arcas a hombros e intentar salir por la puerta. Pero no había dado ni un paso cuando reconsideró la situación. Era inútil pretender sacar de allí el botín si, en realidad, no tenía lugar donde esconderlo. Conocía un par de sitios en las montañas, pero estaban demasiado lejos como para cargar durante tanto trayecto él solo con todo el bulto. Y, a fin de cuentas, tampoco confiaba en dejar tanto tiempo el tesoro abandonado. Cualquiera podría encontrarlo y robárselo ahora que por fin estaba en sus manos.

Decidió atrincherarse en el Ayuntamiento. Con ayuda de aquel potente arma nadie podría arrebatárselo. Ya pensaría más tarde cómo solucionar el problema del transporte. Quizás convencería a algunos hombres para que le ayudaran a cambio de varias monedas, o mejor aún, a cambio de no pegarles un tiro.

Bien avanzada la noche, el rumor de que Tejuán y algunos más disponían de armas invencibles había recorrido el pueblo de cabo a rabo, y varios hombres habían llamado ya a la puerta de la casa de Moisés, para unirse a él en la lucha. Lo mismo ocurrió con Fermín y Constantino, al que, atribuyéndosele poderes casi mágicos, no le faltaron seguidores. Nadie pudo acercarse a un radio de diez metros del Ayuntamiento sin recibir un disparo en el trasero. Tejuán se encontraba en su interior, escondido tras una ventana y con el arma a punto para descargar su ardiente pólvora en el cuerpo de cualquiera que osase acercarse a menor distancia.

Fermín y su pequeño ejército, armado con palos y piedras, habían logrado tomar posiciones en una casa que se encontraba justo a la izquierda del Ayuntamiento.

Constantino agrupó varios carros y había conseguido situarse frente a éste. Y Moisés ocupó el flanco derecho del mismo. Tejuán se encontraba literalmente rodeado. Intentaba analizar la situación y encontrar vías alternativas que le ofrecieran una victoria segura. No imaginaba que tantos hombres fueran armados con escopetas.

Los nervios se fueron calmando poco a poco, y el ardiente deseo de muerte fue dando paso a una soporífera resaca provocada por el cansancio y tensión acumulada. Varios hombres dormían ya plácidamente, apoyados en aquello en lo que podían.

Pero hacia la media noche, un ruido seco en el interior de una de las casas, seguramente provocado por algún gato indiscreto, rompió el silencio y una a una se fueron descargando todas las armas. Una lluvia de piedras y palos inundó el portal del Ayuntamiento, junto con la plaza. No había nadie a quien disparar, más bien se trataba de un fuego que se conoce como “a discreción”, que por cierto, de discreto no tenía nada.

Las piedras y palos se fueron agotando y, por suerte, la pólvora comenzó a escasear. Por este motivo, varios hombres de Fermín intentaron un asalto al Ayuntamiento, a la desesperada, pensado que Tejuán se había quedado sin munición. Por desgracia, éste contaba con algunos disparos más y logró disuadir la treta de su vecino el cantinero.

Hubo dos horas más de silencio tras esta pequeña estrategia por parte del arriesgado pelotón, que sirvió, entre otras cosas, para asegurarse de que Tejuán gastase toda su munición. Haciendo un cálculo aproximado, y teniendo en cuenta que al resto les quedaba para dos, o a lo sumo, tres disparos, Tejuán debía de haber acabado ya con su munición. El objetivo se veía cada vez más fácil de conseguir, sin embargo, lo que preocupaba ahora verdaderamente no era la oposición que pudiera mostrar Tejuán, sino la que podrían ofrecer el resto de contrincantes. De ahí que nadie diese el primer paso.

Hacia las seis de la mañana, tres hombres camuflados avanzaban lentamente en dirección a la puerta del Ayuntamiento. Intentaban no ser vistos por el resto, entrar en el más absoluto silencio en el interior del Ayuntamiento, reducir a Tejuán y sorprender a cualquiera que pretendiese entrar. De cualquier forma, tanto si eran descubiertos como si no, podrían provocar la reducción de munición en los adversarios.

Todos eran conscientes de que aquellos que fueran los últimos en gastar la pólvora, serían los que se harían con el botín. Por eso, Fermín no pudo contener un puñetazo a la pared cuando su arma se disparó al ver a tres hombres cruzar la plaza. Se había quedado sin munición pero, por suerte, había logrado

disuadir a los hombres de Constantino. Ahora sólo quedaban dos armas en juego. Una era la de Constantino y otra la de Moisés.

Comprendiendo la jugada de Constantino, Moisés no tuvo nada más que disparar un par de veces a los carros donde se hallaban ocultos El Visionario y los suyos para que éste terminara con la pólvora intentando abatir a El Forastero.

Una hora más tarde Moisés había conseguido hacerse con el botín y llevarlo, junto con varios hombres, a su propia casa, ante los ojos atónitos de Maria, que observaba horrorizada todo el espectáculo.

XIII. LA ELECCIÓN DEL GUARDIÁN DEL TESORO

Dos días habían transcurrido tras el fin de la Guerra de las Doce Horas y el tesoro ya estaba de vuelta en la cueva. Hasta la última moneda. Moisés comprendió en seguida que la locura, la fiebre del oro, se había apoderado de su mente durante unas horas. Y también pudo ser testigo de lo que un hombre puede llegar a ocasionar por el maldito dinero. Por suerte, nadie había salido mal parado y no se tuvo que lamentar ni una sola baja, pero el caos se apoderó del pueblo a lo largo de aquella noche, y todo por unas cochinas monedas.

Lo que hizo que Moisés entrara en razón no fue otra cosa que la verdad absoluta. Mientras se encontrase en aquel pueblo, el dinero no le serviría para nada. En realidad, allí casi nunca se utilizaban monedas, pues la gente estaba acostumbrada a hacer tratos a modo de trueque. El dinero carecía de valor. ¿En qué lo iba a gastar? No valía la pena tanto sufrimiento por algo que no es más que un trozo de metal.

Al principio pensó en repartirlo, como disculpa por haber causado tantos problemas a aquella gente desde su llegada. Reunió a todos en el Ayuntamiento y explicó su situación. Repartiría el tesoro en partes iguales, pero Fermín se negó y renunció inmediatamente a su parte. Uno tras otro, todos y cada uno de los habitantes del pueblo hicieron lo mismo. No porque fuera escasa, pues lo cierto era que, con una pequeña parte del tesoro, una familia entera podría vivir desahogadamente durante el resto de su vida. Los vecinos entendieron su punto de vista y no dudaron en admitir que llevaba razón.

De manera que en aquella misma reunión se decidió el traslado del tesoro a su lugar de origen. También se eligió al nuevo guardián, que debería custodiar el tesoro por tiempo indeterminado, hasta que alguien que no conociera la ubicación de éste encontrara la entrada. Podían pasar siglos hasta que eso ocurriera, pero la verdad fue que a Tejuán no le importó nada en absoluto el ser elegido. Por norma, podría haber sido El visionario el elegido, pero se pensó que ese honor debía de ser para Tejuán, pues él se había pasado la vida buscándolo.

Esa fue la primera vez en muchos años que se vio a Tejuán abrazar a su esposa y a sus hijos. Seguramente fuera la felicidad del momento o que quizás ya no tenía excusa para no echarles

de menos. A partir de ese momento, su esposa, a pesar de estar casada con otro hombre, iría cada día a llevarle un poco de comida a la entrada de la cueva. Y lo hizo así hasta el día de su propia muerte, día en que su hijo pequeño tomó el relevo, el cual visitó a su padre hasta el día de su muerte. Después continuaría esta tradición su nieto, y posteriormente su tataranieto, y así generación tras generación hasta no se sabe cuándo pues, por alguna extraña razón, Tejuán desde el primer momento en que pasó a ser El Guardián no envejeció ni un poquito.

De ahí que el anterior guardián no recordara su vida pasada, y su muerte se debiera probablemente a la entrada en la cueva por parte de Constantino. Momento en el que él mismo debería haber entrado a formar parte de la guardia del tesoro, pero que, por esos avatares del destino, sobre los que no hablaremos ahora pues todos conocemos, fue Tejuán quien ocupó su lugar.

XIV. NOTICIAS DE ESPAÑA

Quizás no habría pasado ni una semana desde que el tesoro estuviera de vuelta en su cueva cuando empezaron a aparecer en la aldea un sin fin de españoles. Iban liderados por la buena de María Trinidad, La beata. Era un continuo chorreo de gente que iba emplazándose en tiendas de campaña junto a la fuente.

El único que parecía estar contento de tanta visita era Fermín, que con la excusa de la aparición de la Virgen de la Fuente, estaba “haciendo el agosto”.

La beata había conseguido escapar una vez más de las garras de los extraterrestres, y en su vuelta a España contó lo sucedido en el pueblecito. Se organizó un viaje para ver las apariciones de la virgen.

Aquella gente se pasaba el día y parte de la noche rezando de rodillas frente a la fuente. Una multitud de hombres, mujeres e incluso niños mostraban su adoración a la virgen, suplicando una señal, algo que les indicase que la humanidad iba por buen camino. Aunque a decir verdad, la mayoría esperaba que dijese justamente lo contrario, que el mundo iba de mal en peor, que los humanos no tienen valores en los que apoyarse y que ella sufre mucho y llora a todo momento por sus condenadas almas. Lo más importante era escuchar un mensaje de paz que llenara de esperanza los corazones de aquellas personas.

María estaba desesperada. No podía salir de casa, pues sabía que si en algún momento alguien llegara a verla, podría organizarse una buena. La única posibilidad era esperar que se aburriesen, al no recibir ninguna visita. De lo contrario, si se les daba esperanzas, podrían no irse nunca y eso sería fatal para su vida. Tendría que pasarse una eternidad escondida en casa, lejos del alcance de la beata y sus secuaces.

Pasado un mes el plan parecía funcionar. Fue mucha la gente que abandonó el pueblo, desencantada, perdida toda la ilusión y los ahorros, que se habían invertido en el viaje.

María Trinidad, que a estas alturas se había convertido en la auténtica portavoz de la virgen, llamaba a la tranquilidad y a la paciencia. No podían irse, debían tener calma y aguantar allí, pues “la de la Fuente” no tardaría en mostrarse.

Con el tiempo María Trinidad había terminado por engordar sobremanera su encuentro con la virgen. Contaba que aquella hermosa mujer la había mirado a la cara, con lágrimas en los ojos y le había dicho:

-María Trinidad, ¿cómo te encuentras? No te veo bien.

A lo que ella no pudo contestar, pues se le había formado un nudo en la garganta al verla, aunque, eso sí, se encontraba mejor que nunca debido al aura celestial que emanaba aquella hermosa figura, que impregnaba de amor todo a su paso.

-He de decirte –continuó la virgen- que el mundo no marcha bien. Estoy preocupada por vosotros, hijos e hijas míos. Debes traerlos aquí, para que yo pueda hablarles y hacer que recapaciten sobre sus pecados.

A lo que María Trinidad asintió sin decir palabra, y después desapareció y ella quedó inconsciente por el gasto de energía. La gente contaba una y otra vez esa historia, como si su recuerdo les diese fuerzas para continuar allí, a falta de pan y de un cobijo decente donde resguardarse. Los del pueblo solían acercarse a la fuente, para poder observar el panorama, y no pocas veces, subían algo de comida a los visitantes, en señal de la buena hospitalidad de la que normalmente hacían gala.

XV. APARICIÓN MARIANA

Aquella mañana amaneció lloviendo. Se acercaba la Navidad y eso empezaba a notarse en el clima. Los veranos en esa zona podían ser muy calurosos, sin embargo, los inviernos eran más duros aún y la aldea permanecía a menudo durante varios días totalmente aislada. Esto no suponía un percance demasiado importante, pues a estas alturas del relato cualquier lector podrá haberse dado cuenta de que no son muchos los sitios donde estas gentes puedan ir, ni tampoco existen las ganas para dejar el pueblo, aunque sea tan sólo por unas horas.

María llevaba cerca de dos meses encerrada en su casa. Había pasado el otoño sin ver la luz del sol que tanto le hacía falta, con una manta sobre las rodillas. Moisés la animaba diciendo que no era mucha la gente que aguantaba en el camino junto a la fuente, que en poco tiempo habrían desaparecido todos. Sin embargo, María no era tan optimista. Si aquella gente era capaz de sobrevivir al frío invierno del pueblo, era capaz de cualquier cosa. Y no hay nada más obstinado que una persona cargada de fe.

Salió de casa con una manta en la cabeza, evitando al máximo el incesante goteo de la lluvia y cuidando mucho de que no se le viera la cara. Anduvo un rato hasta llegar a la altura del camino donde se podían ver las tiendas de campaña que servían de refugio para los cazadores de vírgenes. Al avistar las lonas de tela se encorvó un poco, dando la sensación de ser una pobre anciana.

Al llegar a la fuente comenzó a dar gritos de alarma:

-¡Salgan! ¡Salgan de una maldita vez de sus tiendas!

Poco a poco fueron saliendo de sus escondites, absortos y un poco desconcertados por aquella extraña visita. María había decidido poner fin a esta ridícula situación de una vez por todas.

-¡He de deciros que habéis sido engañados! –continuó diciendo María, al ver que había salido gente de todas y cada una de las tiendas de campaña- Tenéis que marcharos de aquí, esto no es más que un farsa.

-¿Qué dices, mujer? ¿Has perdido la cabeza? –dijo un hombre más atrevido que el resto.

-La Virgen de la Fuente no existe, es tan sólo una invención.

-¡Por Dios! –gritó María Trinidad- ¡No blasfemes! Vuelve a tu casa, y déjanos tranquilos con nuestra fe, es lo único que necesitamos.

El agua chorreaba por la manta y empezaba a colarse entre los poros de la manta, escurriéndose por el pelo de María y surcando a chorros los recovecos de su cara.

-¡No lo entendéis! –gritó desesperada, con la voz tomada, a punto de salir el llanto- La Virgen no era más que una... –en este momento se detuvo, pensando en las palabras que iba a decir a continuación, como si la vida le fuera en ello, como si esas palabras fueran un breve resumen de su pasado, heridas abiertas que aún no habían cicatrizado y que se esforzaban en no cerrarse, en mantenerse abiertas-, la Virgen no es más que un puta.

Los presentes no entendieron el significado de sus palabras y quisieron darle un sentido perverso, alejado de la verdadera realidad, cargado de prejuicios y falta de solidaridad. Hubo un espacio de silencio en el que únicamente se escuchó el latir de la lluvia contra los charcos más cercanos. Por fin alguien gritó:

-¡Es la tentación personificada! ¡Es el mismísimo Belcebú!

Un rumor general se apoderó de aquella gente. Varios hombres se agacharon y cogieron cantos húmedos del suelo. María tuvo que huir a toda prisa, por miedo a ser lapidada en cuestión de segundos.

Cuando llegó a casa estaba chorreando de pies a cabeza, pero no era agua lo que empapaba sus ropas, sino sangre, causada por las muchas pedradas que había recibido.

XVI. LA LLEGADA DE EL GORDINFLÓN

Entretanto llegó el día de Navidad y el hombre gordo, ese del saco, que venía cada año repartiendo cosas inútiles, que la mayoría de personas solían dejar abandonadas en el desván por no encontrarle un uso concreto, apareció unas horas antes de lo normal.

Al parecer venía un tanto disgustado a causa del descenso de interés, por parte de la población mundial, acerca del día de Navidad y las sorpresas que El Gordinflón tenía para cada ser humano escondido en su saco. Nunca había llegado tan pronto al pueblo, porque nunca había tenido tan poco trabajo. Había terminado su reparto al otro lado del mundo, en el que todavía faltaban unas cuantas horas para amanecer, en un tiempo record. Otros años no habría repartido aún ni la mitad de regalos.

Cuando paró en la taberna de Fermín para hacer tiempo hasta la medianoche ya iba borracho como una cuba, y aún así no dudó en pedirle una y otra copa al cantinero. Éste se negaba siempre a seguir sirviéndole, por eso de la conciencia de estar emborrachando a tan ilustre y bondadoso personaje, pero El Gordinflón amenazaba con tirar al río su regalo y el de su mujer. Y, no nos engañemos, aunque la mayoría de regalos se dejaban de lado, casi todos los habitantes del pueblo esperaban este día con ansia, porque les encantaba el papel de colores y los lazos con los que estaban envueltos.

Un par de horas después el gordo estaba tan borracho que se había quedado dormido sobre la encimera del bar. Fermín y Rosario miraban preocupados su enorme cuerpo vestido de rojo. Sus barbas blancas se habían mezclado con el dulce licor casero de Rosario y empezaban a tomar un color rojizo, con lo que El Gordinflón adquiriría un aspecto de vikingo que al resto de los presentes les parecía bastante gracioso. Sin embargo, conociendo la bondad de Fermín, éste estaba muy preocupado por el asunto. ¿Quién le iba a dar ahora su regalo? Y, por otra parte, consideraba casi un sacrilegio ir a su saco, meter la mano y sacar su regalo, sin siquiera pedirle permiso.

Rosario pensaba a su vez que, lo mejor sería meterlo en la cama. Quizás en la suya propia pues, ¿quién sabe? A lo mejor el año siguiente se acordaba de ella antes de meter su regalo en el saco y le llevaba algo más bonito que estos años atrás.

-¿Qué vamos a hacer ahora? –dijo Fermín, mesándose la barbilla pensativo.

-¡Echarle a la calle! Como haces siempre con los borrachos –grito uno, que no andaba mucho mejor que el propio gordo.

-¡Sí, hombre! Con la que está cayendo, seguro que se muere de frío –dijo Rosario lamentándose.

-¿Qué proponéis? –preguntó Moisés, que andaba por allí por casualidad.

-Pues... no sé –comenzó a decir Fermín, intentando buscar palabras a la frase que se iba formando poco a poco en su cabeza, intentando que éstas no sonaran demasiado codiciosas-, alguien tendrá que repartir los regalos –dijo, por fin, como si acabara de descargar de golpe un gran peso.

-Pero, Fermín hombre, en este pueblo no hay niños, dudo que a nadie le interese demasiado recibir estos míseros juguetes, sacados del mismísimo averno –dijo Moisés.

-¡No estoy de acuerdo! –gritó una voz de mujer en la entrada.

Era La beata, que iba en busca de víveres, como cada semana.

-Tenemos la obligación de mantener vivo el espíritu de la Navidad, aunque no haya niños en este pueblo. Quizás algún día los haya y entonces, ¿quién habrá aquí para transmitirles la ilusión que supone recibir un regalo en el día de Navidad? Sin hablar del mensaje de solidaridad que hay implícito en el hecho de regalar sin pedir nada a cambio.

Fermín y Rosario agacharon la cabeza al escuchar estas últimas palabras, y Moisés, por su parte, quedó un tanto pensativo. Pensó en que alguna vez había soñado despierto con la idea de tener una familia junto a María. Casi se ruborizó al pensar en esto delante de tanta gente, pero en seguida se contuvo. Quizás la vieja no carecía de razón.

-¿Y qué propones? –preguntó Fermín a la vieja.

-Yo misma lo haré, alguno de mis compañeros me ayudará.

-¿Hacer qué? –preguntó Moisés.

-Llevar los regalos a cada una de las casas del pueblo.

XVII. REPARTO DE REGALOS

María Trinidad no tardó ni media hora en organizarse. Solicitó ayuda a alguno de los que esperaban en la fuente la aparición de una virgen que a estas altura tardaba ya demasiado. Se repartieron los regalos en cuatro sacos. De igual manera distribuyeron proporcionalmente las casas del pueblo, de forma que de las cuatro calles que salían de la plaza del pueblo, cada uno empezaría por una y repartiría las viviendas que dejara a su derecha. Al llegar al final de la calle tomarían la siguiente paralela a esta y repartirían de nuevo los regalos a las casas de la derecha. Harían este trabajo hasta encontrar un pañuelo rojo que cada uno ataría en la primera farola donde iniciasen el recorrido. De esta forma sabrían cuándo detenerse.

Así lo hicieron cada uno de los sustitutos de El Gordinflón, y así lo hizo también María Trinidad, La beata.

Sin embargo, por esos avatares del destino, que a veces se muestra caprichoso con los seres humanos, la vieja fue a toparse con la casa de La Piernas Largas. Llamó a la puerta con la misma energía que había utilizado en la primera morada en la que inició el reparto. El que la casa de María estuviera a las afueras del pueblo y que, para llegar hasta ella, María Trinidad había tenido que golpear veinte puertas como esa, no había mermado sus fuerzas, y mucho menos su euforia navideña.

María abrió la puerta de golpe, pensando en que sería Moisés. Había estado pensando toda la tarde en él, y no había podido hacer otra cosa que sentarse en una silla esperando su vuelta, pero esta noche se estaba retrasando demasiado. A estas horas, Moisés normalmente hacía la cena y María ponía la mesa, colocando cuidadosamente hasta el último utensilio, como aquella primera vez en la que supo que Moisés sentía lo mismo que ella y vivirían juntos mientras nadie lo impidiese.

La sonrisa de María Trinidad desapareció de golpe, dejando en su desvanecimiento un semblante de duda y desconcierto. Su mano recorría en ese mismo momento en el que la puerta comenzaba a abrirse el saco de arpillera, en busca del último regalo que aún quedaba en la bolsa, pero en mitad de camino ya había comprendido, que aquella mano que ahora buscaba una ofrenda, unos días antes había arrojado piedras a la mujer que ahora tenía enfrente. La misma a la que había

esperado en la fuente tantas y tantas noches, la misma que la hizo regresar de España, a pesar de que su hija estaba tan enferma que tuvo que quedar al cuidado de una tía, la misma que un día vio en la capilla de la iglesia de su pueblo, plasmada casi de manera sobrenatural en aquel cuadro de la virgen, que ella misma la había hecho llamar “La virgen de la fuente”.

La Piernas Largas detuvo sus ojos en los de María Trinidad, esperando que comprendiese de una vez por todas su situación, esperando que estos la sirvieran de boca, que a través de ellos pudiera hacerla entender lo que nunca tuvo valor para decir, y lo que en aquel momento tampoco era capaz de expresar, sin saber que ahora tendría dos razones para odiar a aquella mujer. Una era todo el sufrimiento que la había hecho pasar desde que trajo aquí a todos aquellos españoles que esperaban ansiosos a que de una vez por todas se manifestase junto a la fuente; y la otra..., la otra sería que, cada vez que la viese recordaría aquel día en el que María Trinidad fue a darle un regalo por Navidad. El mismo día en el que Moisés desapareció de su vida.

XVIII. LA EVANGELIZACIÓN

Pasados dos años Moisés no había regresado y nadie conocía nada de su paradero. Se había esfumado como el humo de un puro habano.

María Trinidad lo había pasado bastante mal desde el momento en el que descubrió que la Virgen a la que ella había adorado no era tal. Sin embargo, el resto de sus seguidores no habían perdido la confianza en “La Virgen de la fuente”, y continuaban al pie de la fuente esperando su aparición. Tanto es así que habían colocado un altar junto a ésta, y cientos de personas se acercaban hasta allí una vez al año para rezar a la Virgen, tal día como el que María se cruzó por el camino con La beata.

María Trinidad había comprendido con el paso del tiempo que allí le quedaba mucho por hacer, que aunque no existiese tal virgen, Dios había querido que ella cometiera tal error por alguna razón. Y esa razón era la de hacer llegar hasta aquel punto aislado del planeta su religión. Aunque la mayoría de aldeanos eran católicos, nunca le prestaron demasiada atención a su Dios. Por eso, decidió levantar el altar y tenía intenciones de construir una iglesia en aquel mismo punto.

La verdad era que los habitantes del pueblo seguían haciendo caso omiso a “La virgen de la fuente” y a su dios. Eran más bien personas llegadas de otros lugares del mundo las que cada día se arrodillaban ante una triste imagen de madera -que nada tenía que ver con la realidad- que María Trinidad había colocado en el altar, haciendo las veces del retrato que un día el pintor José hizo de María, la puta. Sin embargo, lo que sí era cierto era que las gentes de aquel lugar disfrutaban de la llegada de los visitantes, sobre todo Fermín y Rosario, que siempre tenían el bar lleno de recién llegados.

De ahí que Constantino decidiera en su momento hacerle la competencia a la pareja, y la verdad, lo había logrado. Pero eso no les importaba demasiado a los experimentados empresarios, pues a causa del defecto en el rostro de Constantino, los visitantes no solían beber en el bar de éste. No sólo era el horror de su cara, sino la aparente dificultad para comunicarse con él. La mayor parte de las veces, cuando un visitante entraba en el bar de Constantino, se acercaba a la barra

y al ver que el camarero no tenía rostro, permanecía un rato pensativo, sin hacer ruido, como intentando que El Visionario no se percatara de su presencia, de forma que no le exigiera consumir y éste pudiera cambiar de decisión. Por lo general, siempre acababan marchándose y entrando al único bar que había en el pueblo además del de Constantino.

A El Visionario esto tampoco le importaba demasiado, pues él seguía teniendo su clientela fija, y a diferencia de lo que los visitantes pudieran pensar a priori, él siempre sabía cuándo entraba alguien nuevo al bar -de ahí su apodo-, y él nunca intentaba agobiarlo y se hacía el despistado limpiando algún vaso, fingiendo que no se había enterado de nada. Los aldeanos del pueblo, que solían frecuentar el bar de Rosario y Fermín, se habían pasado al de Constantino, pues el ambiente era mucho más sosegado y el servicio era más individualizado y amable con la clientela, pues de una cosa siempre se quejaban a Fermín y es que, desde que llegaron los forasteros, la pareja dejó de tener ojos para los clientes de siempre.

El joven sin rostro había decidido dejar el negocio de la videncia para siempre, exceptuando en el caso de algunos amigos, para quienes lo seguía ejerciendo de vez en cuando, sin cobrar. Igual que aquella vez que estaba en el bar y, de repente, llamó a Julio y le hizo acercarse a la barra. Éste se levantó a regañadientes, pues tenía una buena mano en las cartas y no quería que el resto le hicieran trampas.

-¿Qué quieres? -preguntó Julio de muy malas maneras, aunque en el fondo se apreciaban mucho mutuamente, por eso no se molestaban si se hablaban así.

-Tu casa va a arder, ¡corre! -le dijo tranquilamente Constantino.

Julio quedó un poco parado al principio, sin saber qué hacer, mirando la mesa sobre la que yacían las cartas, intentando elegir entre una buena partida o darse una carrera a casa para ver si lo que decía Constantino era cierto. Si hubiese sido cualquier otro, no se lo habría pensado, se hubiese desternillado de risa en sus narices y habría vuelto a la mesa sin dejar de reírse. Sin embargo, tratándose de El Visionario, y a pesar de que perdía una de sus mejores manos, corrió a su casa y, tal y como predijo Constantino, su casa estaba a punto de arder. Se había dejado la cacerola en el fuego, en una fuego improvisado en el patio. Era

normal cuando llegaba el verano el hacer la comida al aire libre. Esta vez se había levantado un poco de aire y éste había movido la paja que Julio tenía junto al granero, de tal forma que la había ido arrastrando hasta el patio y en el momento en el que él llegó, ésta comenzaba a arder y el aire estaba esparciendo pequeñas briznas de ardiente paja sobre el tejado de la casa y contra las cortinas de tela, que impedían el paso de los bichos al interior de la casa.

XIX. LA CERA MILAGROSA

Al contrario que Constantino, María decidió en su día no ejercer la profesión que durante tantos años la mantuvo alimentada, ni tan siquiera con sus mejores amigos. Con esos mucho menos, pues la experiencia le había dicho que si quería mantener un buen amigo, nunca debía acostarse con él. Desde que Moisés desapareció hacía ya dos años, no había salido de casa. María Trinidad, consciente del mal que la había causado, la llevaba secretamente comida, y gracias a ella, La Piernas Largas se había mantenido con vida. Eso era algo que tenía que agradecer a La beata, aunque le costó mucho tiempo darse cuenta de ello, pues lo único que deseó durante un año y medio fue morir. Se abandonó en una cama y allí yació dos semanas, desnuda, sin comer y sin beber, hasta que llegó María Trinidad y comenzó a cuidarla. Su depresión se agudizó aún más, pues cada vez que veía a la vieja se acordaba de la pérdida de su amado Moisés y la gritaba:

-¡Márchate de aquí, puta vieja! Aquí no has traído nada más que desgracias.

Sin embargo, la vieja nunca se marchó. Siempre volvió para cuidarla, a pesar de ser insultada en todo momento.

Cuando María recuperó la cordura y empezaba a valerse por sí misma, María Trinidad ya no podía soportar la carga económica tan pesada que suponía el cuidar de sí misma y de una enferma, y María estaba completamente arruinada. Incluso pensó en volver a ejercer la prostitución, pero María Trinidad la convenció para que no volviese a caer en tremenda estupidez.

Durante el tiempo en el que María estuvo postrada en la cama, ambas habían sobrevivido de una manera muy curiosa. Por una extraña razón, desde que Moisés desapareció, María no había parado de sangrar. Pero no sangre de verdad, era cera. Concretamente cera de los oídos que ésta supuraba por las orejas en cantidades industriales. Tanto era así que la primera vez que María Trinidad llegó a su casa, La Piernas Largas tenía dos montañas de metro y medio de cera a ambos lados de la cama.

Un día, La beata se quedó sin velas en el altar y se le ocurrió la ingeniosa idea de utilizar la cera de las orejas de María, y la idea funcionó mejor de lo que esperaba. A los dos minutos de encender la mecha que hacía quemar la cera de

María, el ambiente se inundó de un olor a rosas que todos los presentes relacionaron con el olor de su mismísimo Dios. Poco a poco, la cera fue tomando cada vez más presencia en todas las celebraciones, y la gente acudía desde todos los rincones del mundo solamente en busca de los cirios que María Trinidad construía con la cera de María. Incluso se había llegado a decir que el humo de la vela de esa cera era curativa. La beata llegó a ver cómo un lisiado se levantaba de su silla y comenzaba a andar como si nunca hubiese tenido ningún problema en las piernas.

Al tiempo descubrieron que la cera proporcionaba a todos aquellos que inhalasen su humo la misma sensación que María tuvo en el momento de supurarla. Si María estaba disgustada, el humo de la cera que en ese momento supurara de los oídos, provocaría en los que lo inhalasen la emoción de disgusto. De tal forma que, casualmente, el lisiado olió la cera que La piernas largas estaba produciendo el momento en el que ésta se levantó por primera vez de la cama después de año y medio.

La cera era capaz de hacer llorar, de hacer reír, de hacer sentir miedo, frío o calor, sueño, fatiga, ánimo y felicidad,... y, sobre todo, de provocar en la gente las ganas de concebir mucho amor, porque María en todo momento lo sentía por Moisés. Por eso, la cera era capaz de inducir todas esas cosas, pero siempre mezclado con una fuerte sensación de amor y a la vez de nostalgia por alguien que estuviera lejos.

Todos los que día tras día se arrodillaban junto a la fuente e iban a comer a la cantina de Fermín y Rosario terminaron por marcharse a sus hogares, pues en el interior de cada uno de ellos había al menos una persona a la que echar de menos. A veces era un hijo, otras una hija, otras veces era un marido o una novia, otras, sin embargo, era un antiguo amor, e incluso a veces, simplemente se trataba de un amigo, y ¡qué diablos! el que no tenía nada de esto echaba de menos a una mascota.

Incluso María Trinidad tuvo su momento de debilidad y decidió marcharse. No había sido justa con su hija. Sólo Dios sabía si volvería a verla. Su egoísmo febril había llegado hasta el límite de preferir estar en una pequeña aldea al otro lado del mundo que cuidar de su propia hija enferma. Y ahora no quedaba tiempo que perder, debía marchar cuanto antes. Aún quedaba una esperanza de poder ver a su hija con vida, aunque sólo fuera durante unas pocas horas.

Esta vez no hubo fiesta de despedida. María Trinidad tenía el dinero suficiente como para poder viajar perfectamente a España. Antes de marcharse, María le agradeció a la vieja todo lo que había echo por ella, y esta vez, comprendió que tenía dos razones para quererla casi como a una madre. La primera es saber que gracias a ella ahora podía estar con vida, y la segunda era la misma por la que antes tanto la había odiado, y la que ahora era la principal razón por la cual no quería que se marchase y es que, su sola presencia la recordaba a Moisés. María temía que cuando se marchase le olvidara para siempre.

En memoria de todo lo que había hecho por el pueblo, María fundaría meses más tarde el hospital “María Trinidad”, como homenaje a su bondad y su tesón a la hora de cuidar de ella. En este hospital nacerían en el futuro cientos y cientos de niños, y lo que es seguro es que, absolutamente ninguno de ellos dejaría de creer en el espíritu de la Navidad.

XX. CONSTRUCCIÓN DEL HOSPITAL “MARÍA TRINIDAD”

Nueve meses después la aldea ya no era ni la sombra de lo que fue en esos días en los que María frecuentaba las casas de los hombres solos y de los que, cansados de su cama habían buscado cobijo alguna vez entre sus piernas.

Se había construido una iglesia. Los lugareños nunca hicieron uso de ella, ni tan siquiera tuvieron que gastarse dinero en su construcción. En realidad la pagó la cera de María, que seguía brotando, y cada año que pasaba era aún más pura. La gente desapareció de la fuente, pero cuando se les acababa la cera volvían a por más siempre que podían. La noticia de las propiedades curativas de la cera se había extendido por todo el mundo y el chorro de gente era constante. Pero según llegaban volvían a marcharse, con lo que el pueblo no creció gracias a los extranjeros, sino a las propios vecinos que empezaron a tener hijos, como si de una enfermedad se tratase.

María Trinidad debía de haber plantado una semillita en cada mujer del pueblo, pues todas se quedaron embarazadas el día en que ella se marchó, y al cabo de nueve meses nacieron 12 niños y 12 niñas. Por eso, las obras del hospital se aceleraron todo lo posible. Con el dinero de las velas de La virgen de la fuente se contrataron a los mejores arquitectos y en cuestión de ocho meses ya estaba construido el hospital “María Trinidad”, que en un principio se especializó en maternidad y pediatría.

Moisés seguía sin aparecer, pero al contrario de lo que María pensó en el momento de la partida de La beata, ella no dejó de pensar en él ni un segundo de su vida. Incluso tuvo varios pretendientes que intentaron agasajarla con regalos y buenas palabras. Lo que María tenía claro es que nunca volvería a conocer a alguien como El forastero y prefería seguir sola que sin un hombre. Al fin y al cabo no le iba tan mal.

Justo nueve meses tras la marcha de la vieja beata, nacían en el hospital los 24 niños, y aún no disponían del personal suficiente como para encargarse de tantos partos. María no sabía nada sobre maternidad, pero tratándose de una mujer con tanta fuerza como la que siempre había tenido La piernas largas, ayudó a dar a luz a 12 mujeres, y todas dieron a luz un varón. En el pueblo se comentó que, como ella echaba tanto de menos a El

forastero, lo había buscado en cada vientre, y por eso todo fueron niños.

La labor fue muy complicada pues entre tan sólo dos mujeres y un hombre tuvieron que asistir los 24 partos, teniendo en cuenta que los niños nacieron todos el mismo día y a la misma hora, las doce de la noche del día 25 de Diciembre.

Vicente y Jacinta, los médicos del hospital, hicieron todo lo humano para que los partos fueran lo menos dolorosos posible y que los bebés tuvieran un nacimiento digno. Quiso la casualidad que todos los niños nacieran en el mismo momento y también quiso ésta que 12 fueran niños y 12 fueran niñas. Las gentes del pueblo, como ya se ha dicho varias veces, no eran demasiado religiosas, pero en el campo de la casualidad, la suerte y el sino... esa era diferente. Los habitantes lo llevaban a rajatabla, eran terriblemente supersticiosos, por lo que todos los niños se llamaron Moisés, y las niñas María. En el futuro habría un Moisés para cada María, y que en el transcurso de centenares de años después sería tradición que todos los niños que nacieran en aquel pueblo se llamasen Moisés, y todas las niñas María.

Sólo hubo una osada mujer tiempo después que lamentó no haberle llamado Moisés a su hijo, sino Jesús, y el pobre niño, cuando fue mayor, vivió toda su vida solo, sin conocer en vida la dulce sensación de amar a otra persona y ser correspondido.

XXI. HAMBRE

Aquella misma noche sucedió algo inesperado. María regresaba a casa molida, con todos los huesos doloridos. Al abrir la puerta de su casa, en la que vivió tan feliz junto a Moisés, escuchó unos lamentos. Parecían los lloros apagados de una mujer. La oscuridad no permitía ver con precisión la sombra que se arremolinaba junto a la puerta, justo debajo de una de las ventanas de la casa. María encendió la luz de la entrada para ver mejor, y allí, rozando con sus huesudos brazos la cal de la pared, una vieja lloriqueaba mientras parecía buscar algo entre la maleza que crecía bajo la ventana.

-¿Le ocurre algo señora? ¿Ha perdido usted algo?

La mujer levantó la cabeza y los lamentos se transformaron inmediatamente en una diabólica sonrisa que asustó por un momento a María.

-No, gracias, hija, no se me ha perdido nada, es sólo que no me puedo mover.

Un sonido metálico hizo que María centrara la mirada en las manos de la anciana y comprendió que, tal como ella decía, no se le había perdido nada. Los dedos parecían escurrírsele entre las hierbas. Éstos eran largos y habían tomado la forma de raíces e iban a parar a la arena. Sólo Dios sabía hasta donde llegaban los tentáculos de aquella pobre mujer. Lo que debían ser débiles huesos de muñeca se habían convertido en humillantes sortijas de acero, de las que pendían firmes aros que se iban engarzando unos en otros formando una robusta cadena. Ésta estaba firmemente clavada en la arena, con lo que la anciana había perdido toda posibilidad de poder moverse.

Tenía las piernas cruzadas y montadas la una sobre la otra, a modo de técnica de yoga, y sus grandes ojos marrones observaban sonrientes a María, como si las cadenas no pudieran molestarla lo más mínimo. Las Piernas Largas también se dio cuenta de que la mujer debía de llevar mucho tiempo atada así, pues la ropa era un jirón mal puesto que intentaba cubrir su piel de cuero desnuda. Los plateados cabellos lamidos tapaban los pechos y la entrepierna.

María no supo qué decir, no podía creer lo que estaba viendo, y le parecía asombroso cómo había podido llegar aquella mujer hasta allí, si parecía llevar en aquella postura toda una

vida y nunca antes la había visto, y mucho menos en la puerta de su propia casa.

-¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, señora? –preguntó María.

-Una eternidad –contestó la vieja, y en sus palabras había un tono que asustó a María, era casi maléfico.

Los lamentos de la anciana se habían convertido lentamente en una sonrisa casi burlona, y ahora, en el fuero más interno de María se creaba un espacio de miedo y angustia desconocido para ella. Ésta retrocedió un par de pasos de golpe. Sin saber porqué sentía que aquella desvalida mujer tenía un poder incalculable, y empezó a sentirse como un pequeño insecto a su lado, tan inofensivo como una gota de rocío.

-¿Qué te ocurre, niña? No tienes por qué temerme –dijo la vieja, ahora mucho más segura de sí misma.

Las palabras parecían resonar en su cabeza como si ésta estuviera vacía.

-¿Quién eres? –preguntó no sin cierto temor María.

-Soy Hambre.

-¿Y qué haces aquí? –preguntó algo irritada esta vez, por aquel tono condescendiente que la vieja estaba utilizando con ella.

-Vengo a ofrecerte un trato –dijo la vieja Hambre.

-¿Cuál es el trato? –preguntó María un tanto contrariada por aquella inesperada visita.

-No, todavía no debes conocer el trato. –contestó la anciana.

La vieja cerró los ojos. Parecía estar concentrada, pensando en algo. Frente a sí el aire comenzó a girar y se formó un remolino. En cuestión de segundos aparecieron dos figuras geométricas frente a los ojos de María. Parecían de madera, pero debían contener alguna sustancia mágica que les hiciera flotar en el aire. Quizás la materia de la que estaban hechas fuera aún menos pesada que el aire. Una de las figuras era un cubo y la otra era un cuadrado.

La vieja había vuelto a abrir los ojos y miraba sonriente a María.

-Tú siempre andas por el cubo –dijo Hambre.

María no entendió nada de lo que aquella mujer decía.

-Moisés ahora está en la esfera. Cuando tú andas te mueves por las aristas del cubo, con lo que tu camino es siempre seguro.

-No entiendo qué quieres decir –dijo María desesperada. No le gustaban los acertijos. La vieja hizo un gesto con la cara sin dejar de sonreír, para que María tuviera paciencia.

-En los vértices del cubo está el peligro, porque es aquí donde te puedes perder y elegir un camino equivocado. Sin embargo, Moisés nunca anda sobre las aristas, ni hay vértices en su esfera. Toda ella es un vértice con infinitos caminos que debe afrontar a cada paso que da. En el lugar en el que está es muy fácil que se pierda.

-Me estás asustando. ¡Dime dónde está Moisés! ¡Tú lo sabes! ¿Verdad, bruja? –gritó María perdiendo los nervios.

Ésta se abalanzó sobre la anciana, pero inmediatamente fue repelida por una fuerza invisible que debía encontrarse entre Hambre y María, protegiendo a la aparentemente débil anciana.

-Tranquila mujer, no puedes tocarme. Yo no estoy aquí, yo únicamente soy una enviada. Mi sitio está en la puerta.

-¿Qué puerta? –preguntó María mientras resoplaba por el esfuerzo y se colocaba el vestido y el pelo, que habían quedado descolocados a causa del tremendo golpe.

-La puerta de lo que vosotros llamáis Infierno –dijo Hambre más divertida que nunca.

María se echó las manos a la boca y abrió los ojos como platos. Pero esta expresión no le duró demasiado tiempo. Acto seguido no pudo evitar echarse a llorar.

-¿Quieres decir que Moisés ha ido a parar al Infierno? ¡Mientes, vieja asquerosa! –gritó María, enojada por las palabras de Hambre, que se clavaban en el corazón de María, cual dardos afilados bañados en veneno.

-Tranquila, mi niña, que lo que vosotros llamáis Infierno no se parece en nada al lugar donde está tu Moisés –contestó Hambre, sin poder dejar a un lado su sarcasmo. Se veía que disfrutaba con todo aquello.

-Pero, ¿cómo ha podido terminar allí? Él es buena persona, es un buen hombre. Nunca hizo mal a nadie.

-Allí no van sólo los malvados, allí va a parar todo el mundo porque, para que te enteres, -dijo la vieja cambiando a un tono casi de reprimenda- lo que verdaderamente no existe es el

Paraíso. No hay una vida llena de felicidad después de la muerte. Eso es sólo un cuento para niños.

-Muy bien Hambre pero, ¿cómo está él? –preguntó María.

-Muerto –contestó la vieja.

No parecía una respuesta que diera demasiada información a priori, pero el caso es que a María le bastó para comprender que Moisés no se encontraba bien. Muerto siempre estuvo, pero eso era precisamente lo que le hacía ser diferente. Un forastero en el país de los vivos. Sólo así podía ser feliz. En su antiguo país era un muerto más entre los muertos y nunca fue feliz, y sin embargo, en la aldea fue un difunto entre los vivos. Y esa era la única forma de sentirse bien consigo mismo. Por lo tanto, en el más allá tampoco hallaría la felicidad. María supo en aquel preciso instante que debía hacer lo posible para que Moisés regresara a casa.

XXII. MOISÉS ABANDONA LAS ESFERAS

-¿Quieres verle? –preguntó Hambre con los ojos encendidos.

María había comprendido en poco tiempo que debía temer aquella mirada obscena, sin embargo, el peso que ejercieron aquellas palabras en su conciencia y en su corazón no le permitieron decir otra cosa que: “Sí, por favor”.

-Esta bien, mi niña.

La vieja volvió a cerrar los ojos, y esta vez la esfera se tornó transparente. En su interior débiles puntitos oscuros fueron tomando forma poco a poco. Parecían moverse todos al compás, y María tuvo que acercarse cautelosamente para poder verlos mejor.

-Fíjate bien, hija mía, porque él está entre ellos.

María no pudo contener las lágrimas al distinguir el ceño fruncido de su amado Moisés entre todas aquellas almas tristes, que caminaban con la cabeza hundida en el pecho, como ausentes. Moisés parecía ser el único que observaba al resto. Movía la cabeza para un lado y para otro, como buscando a alguien. Por fin, levantó una mano y gritó algo ininteligible a otra persona que caminaba delante suya. ¡Era Pedro, El Solitario! También estaba allí el pobre hombre. María casi le había olvidado, pero recordó que gracias a él, a su muerte, ella se había interpuesto entre aquel tren y el destino de Moisés, con lo que le robó el tiempo justo a la muerte como para poder conocerlo y enamorarse.

Al poco tiempo, uno de los hombres que Moisés tenía delante desapareció de repente y en su lugar dejó un hueco tan negro como los ojos de Hambre. Moisés, por alguna extraña razón, se abandonó a la desesperación y, como el resto, hundió la cabeza en el pecho y caminó sin dejar de mirarse los pies. Se había convertido en uno más, ya era casi indistinguible entre la mayoría y María comenzó a gritarle: ¡Moisés, levanta la cabeza! ¡No te dejes vencer!

-Tranquila, hija mía –dijo Hambre-, él no puede escucharte, y su lucha allí no es esa.

-¿Y cuál es su lucha allí? –preguntó María.

-Mejor es que no lo sepas, sólo los muertos pueden saberlo –contestó Hambre-, pero lo que sí puedo decirte es que –la vieja

hizo una pausa y volvió a recuperar su sonrisa diabólica-, es que tu amorcito está en un grave aprieto y quizás no pueda salir del lugar donde ahora se encuentra, jamás.

-¡Tienes que sacarle de ahí, vieja bruja! –gritó amenazante María.

-¿Y por qué debería hacerlo? –preguntó sonriente Hambre, como si sus palabras fueran cuchillos y con ellos pudiera abrir aún más una herida.

María se serenó un segundo, la miró fijamente a los ojos, con una fuerza que incluso Hambre llegó a temer, y dijo:

-Porque si no lo haces él se perderá y entonces, no podrás cumplir tu cometido. Tú viniste aquí a negociar algo y si él se pierde en ese lugar, perderás lo que deseas, ¿no es así?

Por un momento desapareció la sonrisa burlona de Hambre y en su lugar, un gesto de desconcierto nubló su mirada. Por alguna razón, María había dado en el clavo. Hambre enseñó sus dientes podridos en señal de enfado.

-Está bien –contestó malhumorada- le sacaré de ahí, pero he de advertirte que son pocas las cosas que yo podré hacer por él y que, quizás la próxima vez no sea posible su salvación.

María asintió aliviada y Moisés desapareció de la esfera, pero él no dejó ningún hueco oscuro como lo había el hecho el hombre al que ella había visto desaparecer, sino una brillante estela de luz.

XXIII. EL TRATO

-Creo que ha llegado el momento de que te diga exactamente en qué consistirá nuestro trato –le dijo Hambre a María, como si fuese una maestra que intenta aleccionar a su alumna menos aventajada.

-Tú dirás –contestó María, que empezaba a estar harta de tanta ironía.

-Tú quieres mucho a ese... hombre, ¿verdad? –preguntó Hambre, de la forma más parecida a un protocolo, a un mero trámite en el que ambas partes tienen completamente claro cuál va a ser la contestación.

-Por supuesto –contestó La piernas largas.

-Y harías cualquier cosa por... Moisés , ¿verdad? –volvió Hambre a la carga, deteniéndose en cada momento cuando había de referirse a El forastero, como si el mero hecho de pensar en él y en su relación con María de alguna forma le provocara náuseas, pues en cada parada su semblante se retorció y desaparecía de él su permanente risa burlona.

-¿Qué tengo que hacer? –se precipitó María, divisando en alguna parte de su corazón un pequeño atisbo de esperanza- ¡Dímelo ya!

-Tranquila mujer, que él no se va a escapar del lugar donde se encuentra, tenlo por seguro –y terminó su frase con una gran carcajada, enseñando sus dientes e inundando el aire de un aliento nauseabundo que le retorció el estómago a María.

-Estoy dispuesta a dar mi vida por él, si fuera preciso -dijo María totalmente convencida de sus palabras.

La vieja no contestó, pero le dedicó una mirada pícaro. María comprendió que era eso mismo lo que Hambre pretendía, su alma a cambio de la de él.

-¿Es eso, verdad? –preguntó María- Quieres mi alma a cambio de la suya.

La vieja se río y si no fuera porque estaba completamente atada al suelo, se hubiese revolcado por la arena.

-¿Tu alma? –dijo sin parar de reír- ¿Qué es eso? Tú no tienes ni idea de lo que es el alma. No, no es eso, tu alma no vale nada. De ella se encargará Madre.

-¿Madre? –preguntó María confusa.

Hambre no se había dado cuenta de con quién estaba hablando y había mencionado algo de lo que se acababa de arrepentir.

-Sí, Madre, pero eso no importa en este momento. Lo que verdaderamente quiero –y ahora Hambre utilizó un tono profundo y un gesto severo- es tu maternidad.

-¿Mi maternidad? –preguntó María cada vez más confusa.

-Sí, tu maternidad, Piernas Largas, ¿es que estás sorda? Lo que te quiero decir, ilusa, es que si aceptas el trato, el inepto de Moisés estará a tu lado sano y salvo, mañana mismo. Pero a cambio no podréis tener hijos jamás en la vida.

La Piernas Largas quedó en silencio durante un rato, sin saber qué decir, y Hambre la miraba sonriente, como esperando a que ella aceptara para comenzar a dar saltos de alegría. Desde luego, aquel trato parecía bueno para María, pero había algo que no cuadraba, y Hambre tenía apariencia de ser una tramposa.

XXIV. EL DRAGÓN

-¡No! –contestó María y Hambre borró su estúpida sonrisa de la cara. Parecía realmente enfadada.

-¡Qué dices, loca! No sabes lo que estás haciendo. Si no me entregas tu maternidad no volverás a ver a Moisés, ¿lo comprendes?

María estuvo un segundo en silencio, pensando en si su decisión era la acertada, puesto que no pensaba que hubiera marcha atrás.

-Sí, lo entiendo perfectamente. Si Moisés vuelve, a costa de mi maternidad, habrá una parte de él que nunca podré disfrutar, nunca podré tener un hijo suyo, ¡lo entiendo perfectamente! –en cada palabra María iba recobrando la seguridad en sí misma, porque apreciaba un cambio en el rostro de la vieja y era consciente de que todo lo que estaba diciendo le estaba haciendo daño a la bruja, por lo que sabía que era en su beneficio, y no en el de ella- Si Moisés regresa, será sin condiciones, le quiero demasiado como para ver que él pierde algo tan importante de sí mismo, algo que ni siquiera ha elegido, sería demasiado egoísta por mi parte. Eso es lo que tú desearías, espectro maligno.

-¿Estás completamente segura de tu decisión? –preguntó Hambre enseñando de nuevo sus negros dientes- Mira que no volverás a verlo.

-Sí, estoy convencida de ello.

-¡Tú lo has querido! –grito la vieja enojada- Si no puedo obtener lo que deseo, me quedaré contigo, nada me impide no hacerlo.

Hambre echó la cabeza hacia atrás y empezó a tirar de sus brazos, como si intentase liberarse de sus cadenas. Parecía que sus dedos se iban a quebrar, pero al contrario, unas diminutas raíces fueron apareciendo a medida que Hambre tiraba y tiraba para sí, consiguiendo centímetro a centímetro despojarse de su prisión de arena. Cuando parecía que iba a sacar de debajo de la arena su último centímetro de raíz, la tierra comenzó a rugir a los pies de María, que tuvo que apartarse, pues algo enorme resurgía de lo más profundo de la corteza terrestre. El suelo comenzó a vibrar estrepitosamente.

Unas lanzas de duro hueso comenzaron a alzarse ante los ojos horrorizados de La piernas largas. Lo que eran débiles raíces, se habían unido formando unas enormes lanzas de tres metros cada una. Hambre se encontraba con los brazos alzados, sosteniendo sus increíbles lanzas, y de tanto hacer fuerza el cuello se había alargado un par de metros. Las piernas se habían transformado en unas robustas patas de cangrejo, que empezaban a alzarse lentamente. Justo en el centro del pecho, donde antes se encontraba la cabeza, ahora empezaba a latir un bulto viscoso que, a medida que Hambre se incorporaba, iba creciendo más y más, hasta que finalmente se transformó en una enorme cabeza de dragón, con la boca humeante, sedienta de sangre humana. En definitiva, María tenía ante sí un diablo de unos cinco metros de altura. El cuello de Hambre había conseguido estirarse unos cuatro metros y ahora era lo que parecía la cola del dragón. En la punta estaba la cada vez más horrenda cabeza de ésta, que se relamía impaciente, sin dejar de pensar en el momento en que su dragón engulliría para siempre el alma de aquella insensata.

El dragón levantó las lanzas que tenía por brazos, en un ademán de clavarlas en María, y ésta intentó escapar, saliendo así de su parálisis momentánea. Hizo un amago de entrar en la casa, pero el dragón, en vez de clavar sus lanzas en María, las desenrolló y aparecieron en su lugar un par de enormes alas cartilagosas. Colocó una de ellas entre María y la puerta, y de esta manera, evitó que entrara.

En ese momento, el dragón se encontraba con sus dos alas completamente abiertas, exultante, a la espera de que María hiciese el siguiente movimiento. Al ver que ésta se había detenido, con la misma intención que él, Hambre le gritó para que tomara la iniciativa.

-¡Vamos! No te detengas ahora, devórala.

Estaba claro que el dragón quería jugar un ratito con su presa. De lo contrario la hubiera abrasado con sus llamas, pero al ser hostigado por la provocadora Hambre, decidió volver a enrollar sus alas. De nuevo alzaba sus lanzas en señal de que iba a incrustarlas en el cuerpo de La piernas largas.

María cerró los ojos e intentó gritar, pero su voz se había ahogado a causa del miedo. El dragón se dispuso a cargar con fuerza sus lanzas sobre el cuerpo de María, que se tapaba la cara

con el brazo izquierdo y la mano derecha para no ver lo que se le venía encima inminentemente. Sin embargo, éste recibió un par de pedradas.

Habían sido Fermín y Rosario, que se encontraban a varios metros de distancia, con un par de cascotes en las manos, desafiantes, intentando provocar al dragón para que fuera hacia ellos y dejara en paz a María.

El dragón dudaba si acabar con María o ir en busca de aquellos dos insensatos. Al fin y al cabo, María había sido una presa fácil, que no había puesto prácticamente resistencia, así que no sería difícil darla caza después.

A su paso, se interpusieron varias personas más, aldeanos del pueblo, entre ellos, Julio y Constantino. También se encontraban, un poco más alejados, Sagrario, Sandro, Cristino, Fernando y su mujer, Enriqueta. Estaba hasta El Gordinflón, que tras el pequeño incidente de los regalos, había decidido pasar una temporada en tan cálido lugar. En fin, la mayor parte de los vecinos de María se habían interpuesto entre ella y el dragón, a pesar de que muchas de aquellas mujeres y algunos hombres - estos mucho más escasos- la habían odiado durante años y la habían conseguido hacer el vacío, a causa de su antigua profesión. ¿Qué importaba ahora todo aquello? Tanto María como Moisés habían demostrado con creces haber sido unos buenos vecinos en todo momento y habían participado de todo lo que había sucedido en los últimos tiempos en el pueblo. No se merecían menos.

-¡Olvídate de ellos! –gritaba Hambre, que empezaba a arrepentirse de haberse quedado relegada voluntariamente a aquel último puesto en el que ahora se encontraba. Le costaba hacer recapacitar al estúpido dragón, a pesar de ser sangre de su sangre y huesos de sus huesos- La única que verdaderamente importa es la puta, ella es la que nos ha desafiado, como si fuéramos niños de parvularios...

Aquellas últimas palabras de Hambre habían calado hondo en la conciencia de La piernas largas, y le había hecho recordar que, como su mote indicaba, antiguamente se la había conocido por eso mismo, por tener las piernas largas y ser más rápida que cualquiera de los niños de su colegio, así que decidió en aquel preciso instante, echarse a correr, aprovechando que el dragón se había dado media vuelta y le estaba dando la espalda.

XXV. LA DESTRUCCIÓN DE LA IGLESIA

El dragón le había dado la espalda, pero por desgracia Hambre no, y aunque pudo alejarse bastante de él en tan poco tiempo, la vieja bruja avisó al dragón y éste había desplegado ya sus alas y se había girado completamente, en dirección a María.

María corría en dirección a la fuente. Quizás la iglesia se encontraba abierta y allí encontrara un refugio. Era posible pensar que un ser diabólico no entraría en un lugar sagrado.

La Piernas Largas corría y corría y cada vez divisaba más cerca la iglesia, pero empezaba a sentir en el aire el batir de alas del dragón, lo que le daba una ligera idea de la distancia a la que tenía al dragón. Le aterrorizaba darse la vuelta y ver las fauces del terrible animal, abiertas de par en par, sedientas de sangre de María. Ironías del destino, otra vez, se sentía como una virgen. Pero esta vez como una princesa virgen de la Edad Media, a punto de ser sacrificada para calmar el furor del dragón.

Escuchaba los gritos de los aldeanos un poco más atrás, intentando hacer lo posible por salvarla. La iglesia cada vez estaba más cerca, y comenzaba a sentir el aliento del dragón en la nuca. Cerró los ojos y siguió corriendo, con más fuerza aún, esperando a ser engullida por el dragón de un momento a otro. Escuchaba entre voces el áspero crujir que era la voz de Hambre:

-¡Atrápala! ¡Hazlo de una vez, maldito dragón inútil!

María cerró tras de sí la puerta de la iglesia. El dragón no hizo por entrar, tal como había pensado. Una vez más el destino la había jugado una pasada, pero esta vez de las buenas. Se apoyó resoplando por el esfuerzo contra la puerta de madera. Al fondo de la iglesia entraba la luz de la luna por el rosetón, que esta noche era casi llena. La luz iluminaba la imagen de madera que una vez puso María Trinidad, La beata, en lugar del famoso cuadro de la Virgen de la Fuente. La imagen parecía observarla, como María observaba a la imagen y, por un momento, tuvo la impresión de estar ante un espejo. Hubo un silencio que, en otra ocasión, habría asesinado a cualquier ser que estuviera capacitado para emitir algún tipo de sonido, pero esta vez, no había siquiera tiempo para morir.

En cuestión de milésimas de segundo, María observó que la luz que iluminaba la imagen de la virgen desaparecía, y acto

seguido, el dragón irrumpía en la sala sagrada a través de los cristales del rosetón. Parecía terriblemente furioso, y posiblemente fue esa furia la que lo llevó a arrojar una llamarada de dimensiones gigantescas, que terminó por hacer arder todos los bancos de la iglesia. María miraba perpleja cómo todo el trabajo que allí se había invertido se perdía en cuestión de segundos. Los bancos de madera estaban hechos a mano por el maestro carpintero del pueblo, José. Y muchas de las imágenes que estaban colgadas en las paredes habían sido cedidas por el pintor del pueblo, el otro José. Pero ahora todo estaba en llamas, y La piernas largas se negaba a creer lo que estaba viendo.

María volvió a salir por la puerta de la iglesia y esta vez el dragón la siguió, pero quedó atrapado. La piernas largas corrió hacia el “Riachuelo del Perro”, hacia donde un día encontró a Moisés. Pensó que si la muerte era ya irremediable y nadie podía pararla, al menos, que la encontrase en el lugar donde un día se cruzó con el amor. Así la cogería más cerca del lugar donde se encontraba Moisés, el viaje sería más corto. Estos pensamientos casi llegaron a aliviarla y pensó que quizás, por fin, volvería a encontrarse con El forastero, en un lugar donde nadie se interesase por ellos, donde los dejaran vivir en paz.

El dragón había conseguido escapar de su prisión. Se había llevado por delante la puerta y la pared de entrada a la iglesia había quedado completamente derruida. Sólo cuatro ladrillos habían quedado sujetos, gracias a la cal, que hacía de pegamento contra el techo.

En cuestión de segundos había conseguido alcanzarla y Hambre gritaba encolerizada. Deseaba como nunca capturar a aquella mortal. Nunca se le habían presentado tantas dificultades en los diez mil años que llevaba encargada de la puerta del Más Allá. A menudo, había cobardes que intentaban escabullirse entre la multitud de almas, a las puertas del tren, pero Hambre siempre conseguía capturarlos sin vida.

María llegó al “Riachuelo del Perro”. Allí los árboles daban sombra hasta de noche, de manera que la oscuridad era total. Aún así, La piernas largas se arrodilló, y por primera vez en su vida, juntó las manos por las palmas, las colocó a la altura de la barbilla y comenzó a rezar, aún sin saber de memoria ninguna oración.

XXVI. LA CAÍDA DEL DRAGÓN

El Malasombra se encontraba, como cada noche, arando sus tierras. Escuchó muchedumbre no muy lejos, a la altura del “Riachuelo del Perro”. Se detuvo un instante, apoyado en el mango de su azadón y dirigió su mirada hacia allí. No tenía muy claro lo que podía estar pasando, pero recordó que la última vez que ocurrió algo en aquel arroyo, Moisés llegó al pueblo, lo que fue una gran aventura para él.

Todo el pueblo parecía estar reunido junto al arroyo y venían sin luces que pudieran llamar a su “Malasombra”, así que decidió acercarse para ver qué ocurría. Una vez allí, se arrepintió de haberse dirigido al lugar. Un dragón luchaba contra varios aldeanos. María, La Piernas Largas se encontraba arrodillada con las manos en pose de rezo y los ojos cerrados.

El Malasombra se armó de valor, enarboló su azadón y fue hacia el dragón. No tenía mucha relación con aquella gente desde que ocurrió lo de su sombra, pero al fin y al cabo eran sus vecinos. No podía dejar que se enfrentaran al dragón ellos solos. No se planteó en ningún momento cómo se había podido llegar a aquella situación, pero si lo pensamos bien, lo más lógico es que no lo hiciera, pues nada de lo que pasaba en aquella aldea guardaba ningún tipo de lógica. Arremetió contra el dragón y en seguida notó un bocado en el trasero. Se giró y vio que en la punta de la cola, el dragón tenía otra espantosa cabeza de mujer.

El Malasombra levantó el azadón y lo dejó caer con la mayor fuerza que le fue posible sobre la cabeza de Hambre. Ésta emitió un grito tan agudo que todos los presentes tuvieron que dejar de luchar contra el dragón y taparse los oídos. Hambre cerró los ojos y ya no volvió a abrirlos nunca más. La vieja había caído, pero el dragón seguía con vida, aunque ahora era mucho menos poderoso.

Éste se dio media vuelta encolerizado, para ver quién había dado muerte a su ama. El dragón vio a un hombrecillo que empezaba a darse cuenta de lo que acababa de hacer. Sin quererlo había llamado la atención del monstruo, que ahora sólo tenía ojos para él. El dragón abrió sus fauces y dirigió una enorme llamarada en dirección al cuerpo de El Malasombra. Éste quedó completamente carbonizado, pero por alguna extraña razón, nunca se deshizo en pedazos, sino que pareció

petrificarse. Les diré que el cuerpo de El Malasombra estaría allí, a modo de escultura conmemorativa durante cientos de años. María y sus descendientes le llevarían rosas cada año, el mismo día que el dragón le dio muerte.

Sin embargo, ocurrió algo inesperado. La luz de la llamarada había invocado inconscientemente a la “Malasombra” del pobre hombre que ahora yacía de pie, en posición de encajar la llama eterna del dragón. Ésta buscó a su alrededor, pero no encontró al hombre que debía de haberse llevado hacía unos años ya. En su lugar encontró un trozo de piedra muerto. La sombra era mucho más poderosa que Hambre o el dragón, porque ella era la mismísima muerte, y si alguien la había llamado, no podía marcharse de allí sin hacer su trabajo. Después de evaluar la situación, la sombra decidió que el ser que merecía morir, el causante de todo aquel desastre era el dragón, así que no dudó un instante en llevárselo.

Y así fue cómo María consiguió deshacerse de Hambre, el dragón y la muerte, pero también se deshizo, sin quererlo de su amado Moisés.

En cuanto a quién ocuparía el lugar de Hambre, nunca se sabe, quizás El Malasombra fuera un buen candidato, o quizás El Guardián, ¿quién lo puede saber?

XXVII. EL FINAL

María no volvería jamás a ver a Moisés. O quizás sí.

Nueve meses después del incidente con el dragón, María dejó de expulsar cera de los oídos y dio a luz un niño. Curiosamente Moisés había desaparecido bastante tiempo antes, pero todo el mundo sabía que el niño era de él. O quizás no.

Lo que estaba claro es que La Piernas Largas no había tenido relaciones sexuales, ni las tendría con nadie en el futuro, desde que Moisés desapareció de su vida.

Curiosamente no llamó al niño Moisés, sino Jesús.

Sí, es cierto, Jesús nunca encontraría el amor de una mujer. Durante muchos años trabajó como carpintero, junto con José, que casi le adoptó como a un hijo, pero cuando cumplió algo más de veinte decidió echarse a los caminos y convertirse en... predicador.

DE LO QUE ACONTECIÓ A MOISÉS

I

Había salido del bar corriendo, en busca de María. Era consciente de que si La beata o cualquiera de sus secuaces llegaran a tocar la puerta de La Piernas Largas, con la excusa de entregar los regalos, se podría armar una buena. Y esto podría acarrearle muchos problemas a la pobre María. De camino a casa me veía a mí mismo con una maleta bajo el brazo, y en la otra mano una cincha de un burro, en el que iría sentada ella, huyendo de aquellos que, por adorarla, habrían conseguido amargarle la vida.

Sin embargo nada de eso llegaría a pasar, puesto que algo inesperado ocurriría en nuestras vidas, rompiendo tan cruelmente lo que un día el caprichoso destino había querido crear. Tuve que parar la carrera y detenerme de golpe, porque de repente el aire pareció mutar a estado sólido, de manera que no podía mover un solo músculo. Incluso respirar me era imposible, porque nadie tiene unos pulmones que sean capaces de respirar una sustancia sólida. Si hubiese sido así, quizás habría conseguido salir de aquella, puesto que, poco a poco, el denso aire respirado por mis pulmones habría ido dejando un espacio hueco donde poder moverse y así, lentamente habría podido llegar a casa y avisar a María de que La beata estaba a punto de llamar a su puerta.

Podía sentir vibraciones en el mismo aire que había conseguido atraparme. Algo que sí podía moverse a través de un material tan excelentemente denso, se acercaba. Recordé el tren que un día me había llevado hasta allí, haciendo únicamente una parada en el camino, porque yo en realidad hacía tiempo que estaba muerto. Pero desde que me encontraba junto a María llegué a creer que había recuperado la ilusión, que tenía nuevas cosas por descubrir, y que me le había dado una nueva oportunidad, capaz de detener aquel tren maldito que algún día regresaría inevitablemente a por mí.

De repente, noté un fuerte tirón y a continuación un empujón hacia delante, tan fuerte que pudo romper de golpe la barrera que se me había impuesto unos segundos antes.

Ahora me encontraba sentado en el vagón de un viejo tren fantasma. Las paredes que antes fueron de hojalata, hoy eran

simple brumas azuladas que dejaban pasar la luz del exterior, incluso los paisajes terminaban colándose dentro de cada vagón.

Frente a mí vi a El Guardián. Andaba éste un poco cabizbajo y sólo levantó la cabeza para decirme:

-Este tren llega con unos años de retraso, creía que ya no vendrían a por mí, aunque... la verdad es que me entristece abandonar así mi querida cueva del tesoro.

Y según terminó de pronunciar estas palabras, volvió a su cabeza gacha y a su silencio.

Unos asientos por delante se encontraba sentado de espaldas el viejo Pedro, El Solitario. No le conocía personalmente, pero había oído hablar mucho de él y sabía que había muerto unos días antes de que yo llegara al pueblo. Había algunas fotos suyas en el Ayuntamiento. Eran de esas fotos en las que aparecen varios hombres, unidos por los hombros y posando ante la cámara. Algunos en cuclillas y otros de pie, pero casi todos con un horrible traje deportivo, de camisa y pantalón corto. Pedro siempre llevaba el balón en las manos, lo que podía deberse a que era el portero del equipo del pueblo.

También estaba la vieja Hermenigilda -no en la fotografía, sino en el vagón-. Ésta me miró a los ojos y entonces sentí un poco de vergüenza, porque por mi culpa, la pobre mujer se había perdido en la cueva y se había encontrado con el Basilisco.

Al principio no me fijé en ella, pero era difícil no darse cuenta de su presencia, siendo tan pocos los viajeros que se encontraban sentados en el vagón. Justo tras él iba Gracia, la madre adoptiva de El Visionario. Recordé que ésta había muerto ahogada en el pozo. La miré y ella me dedicó una dulce sonrisa. Después giró la cabeza para ver el paisaje. Tenía cierto aire de melancolía en la mirada.

II

El tren se detuvo de golpe y todos los presentes comenzaron a abandonarlo, como si aquella fuese la última parada, en la que todos debían desalojar su vagón.

Gracia, Pedro, Hermenigilda y El Guardián parecían ansiosos por bajar, y en cuestión de segundos se habían perdido entre la muchedumbre que iba arremolinándose en la puerta de cada vagón. Yo decidí esperar a que todo el mundo se hubiese alejado de las puertas de salida. Nunca me gustaron las aglomeraciones. De repente me quedé solo.

No estaba del todo seguro de ser capaz de averiguar el lugar donde había llegado a parar. Me encontraba ante una de las visiones más extrañas que jamás había contemplado y, sin embargo, mi mente estaba despejada y mis nervios templados -si se puede decir realmente que mi cuerpo participase de dichas características-.

Ante mí tenía una enorme extensión de terreno de césped. Éste estaba tan perfectamente cuidado que si lo midiésemos al milímetro, nos daríamos cuenta de que no había una hoja más larga que otra, todas eran exactamente iguales. Lo realmente curioso era que el campo parecía estar curvado a modo de cilindro, de manera que unos metros hacia la derecha o izquierda, el terreno se perdía en un abismo de nubes algodonadas.

Una interminable fila de personas esperaba pacientemente un turno que parecía no llegar nunca. Allí todo estaba en calma, ni una tenue brisa movía un solo pelo de los presentes. Nadie hablaba con nadie, ninguno miraba por encima del hombro para ver quién tenía delante. Así lo hacía todo el mundo y así lo hice yo también.

A pesar de la ausencia de sensaciones: tacto, oído, gusto y olfato; la pesadez del ambiente hacía tener continuamente la sensación de viajar en un recipiente repleto de gelatina. Pensé que podía deberse a la ausencia de tiempo, pues la fila parecía no moverse ni un centímetro y, sin embargo, sin saber cómo, me encontré frente a una rústica mesa rectangular. Éste era el principio de la fila, o el final, según se mire. Una sombra con perfil humano esperaba pacientemente a que yo, El Forastero, me situara en la marca indicada con una cruz roja.

-¿Vida?-dijo.

La entonación de aquellas letras no decía gran cosa, pero la interpreté como una pregunta, aunque lo que no fui capaz de interpretar fue la pregunta en sí. ¿Qué quiso decir con “vida”?

Todo este suceso no tiene, como cualquier historia, principio ni final, ni son una serie de sucesos encadenados en el tiempo. Lo que me ocurrió simplemente pasó, en algún lugar donde el tiempo no es necesario. Sucedió todo a la vez. El tiempo tiene miles de caminos que llevan todos al mismo punto, y ese punto era donde yo me encontraba. Un lugar donde el tiempo se funde en múltiples dimensiones, donde si el tiempo lo es todo y a la vez es nada, no sirven el resto de sentidos, pues éstos tan sólo te desorientarían en la percepción de los hechos.

III

Intenté responder que no comprendía el objeto de la pregunta, pero antes de que pudiera articular palabra ya había respondido. Una extraña sensación, puesto que ni siquiera había salido de mi boca un simple suspiro, y además, la pregunta me había cogido pensando en otra cosa. Me dio por pensar en las miles y miles de personas que se encontraban esperando a que yo comprendiese por fin el sentido de una pregunta tan hueca como la sombra que me la había transmitido. Me temía que, en el fondo, aquella estupidez no supondría demasiada preocupación para aquellas gentes, pues no sabía si realmente fue antes o si, por el contrario, fue después de que antes de que mi mente pensara en la respuesta a la pregunta y mi boca contestara antes de que mi mente lo pensara, pero toda la fila de personas había pasado por encima mía, respondiendo exactamente igual a la absurda pregunta de la sombra que yo lo hice. O lo haría más tarde, ¿quién podría saberlo? El caso es que habiendo pasado todo aquello, en realidad me seguía encontrando en la fila, esperando a que me tocara el turno. Y las personas que antes estaban detrás de mí, esperando a que comprendiera la pregunta, todavía no habían llegado.

-¿Cómo dice? -contesté.

Y según terminé la pregunta, como respuesta a la mía propia, ya me había contestado. Supongo que lo había hecho antes incluso de que me hiciera la pregunta absurda: ¿vida?

De repente, yo ya no era él mismo. O sí. Quizás eso fuese demasiado suponer, pero lo que pasaba es que había cambiado de aspecto físico. Ahora era bajito, y mis manos eran mucho más pequeñas que habitualmente. Y sin embargo, antes fui alto y gordo, y después sería negro y, más tarde, estaría cubierto de pelo por todas partes. Y en medio de todo este proceso de metamorfosis era yo todo el tiempo. Parecía cambiar continuamente de apariencia e incluso de lugar, pues algunas veces me encontraba al final de una fila, y otras al principio, algunas veces estaba muerto y otras veces acababa de nacer o de morir.

Tomando como punto de referencia la medida del paso del tiempo tal y como la percibimos en nuestra realidad, fue mucho el tiempo que pasó en la primera de las filas en las que me tocó

esperar mi turno. Digamos que esperé por un tiempo infinito y que si pudiéramos regresar a aquel lugar, probablemente aún me encontraría esperando.

Sin embargo, como ya he dicho, allí la percepción del tiempo es distinta.

Tras la absurda pregunta, la sombra con voz de mujer me entregó una hoja prácticamente transparente. No era exactamente una hoja, sino más bien una ilusión donde iban quedando reflejadas una serie de cuestiones que ellos iban haciendo a los presentes. A pesar de ser una ilusión era completamente ininteligible, pues en ella sólo se podían ver pequeñas manchas difíciles de distinguir.

IV

Después de recibir el papel me encontré en un amplio espacio donde el césped había dejado paso a una superficie cristalina en la que ninguno de los que estábamos allí nos reflejábamos. Todos andaban de un lado para otro con la hoja entre las manos, intentando descifrar todas aquellas manchas.

-No se empeñe -escuchó una voz en todas las direcciones. Aquella voz parecía estar en todas partes, y en efecto, lo estaba.

Observé que detrás de cada humano que observaba detenidamente la hoja, había un viejo con el pelo canoso y la nariz enrojecida que, en todos los casos, debía de haber pronunciado aquellas palabras. Esperaba sonriente una contestación por mi parte, al igual que cada uno de los viejos esperaban su respuesta por parte de los demás.

-¿Cómo dice? -dije, y otra vez tuve la misma sensación, como si un eco interminable resonara a cada momento en mi cabeza.

-Que es una ilusión, no entenderá nada -contestó el anciano señalando la hoja.

Observé al resto de personas, y todas miraban perplejas la hoja y después volvían a levantar la cabeza esperando una explicación por parte del viejo. Sin saberlo, yo había hecho exactamente lo mismo.

-Se trata del anexo 1 del I.D.A., nadie lo entiende.

-¿I.D.A.?

-Sí, el Impuesto De Almas.

No tenía ni idea de qué diablos de impuesto me estaba hablando. O sea que, ni muerto te dejaban descansar en paz ¡también te obligaban a pagar impuestos!

-Pero..., yo no tengo dinero.

El viejo se echó a reír, como si mi preocupación le produjese cierta ternura.

-No te preocupes, aquí el dinero no sirve...bueno, no exactamente. Sirve, pero no para pagar el Impuesto. Aquí lo importante es el Tiempo, las Decisiones, los Pensamientos, Actitudes y Hechos..., y en fin, todas esas cosas que ya irás viendo más adelante.

Cada vez me resultaba todo más surrealista.

-Ahora, lo que tienes que hacer es recordar, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto..., cada momento de tu vida.

-¡Eso es imposible! -grité, decepcionado por la vida después de la muerte.

-¡Bah! ¡Bah! -dijo el viejo dando media vuelta y dejándonos a todos con la palabra en la boca-. No es para tanto, es un mero trámite...

V

Y tenía razón el viejo, no fue para tanto. En realidad, fue bastante agradable revivir cada segundo de mi vida. Como todo lo que ocurría en aquel extraño lugar, recordarla me llevó exactamente los años que había vivido, pero pareció una eternidad y a la vez una milésima de segundo. Lo cierto era que cuando ya habían pasado ante mí todas las imágenes de mi vida, como si se tratase de un gran largometraje, la hoja había mutado. Ahora tenía muchas más manchas, unas de unos colores, otras de otros, unas parecían salirse de la hoja, otras sencillamente eran como agujeros negros en ésta, ...

El asunto estaba resuelto e inmediatamente se produjo un efecto a la resolución del conflicto. Ahora me encontraba en otra fila distinta, rodeado de tanta gente como antes. Otra vez las mismas sensaciones, ahora estaba el último, ahora el primero, ahora me encontraba a mitad de la fila, y ahora ni siquiera había rellenado el Anexo 1.

Cuando llegué al principio de la fila me encontré con otra sombra. Esta vez tenía voz de hombre y me arrebató la hoja casi sin poder darme cuenta. La metió en una enorme máquina. Se empezaron a mover los engranajes de aquella monstruosa estructura metálica, repleta de tubos metálicos que contrastaban con el césped. Al fin, de todo el amasijo de hierros volvió a salir la hoja.

La sombra con voz de hombre me la extendió para que la cogiera y dijo:

-Siguiente, por favor.

Anduve absorto mirando la hoja. Esta vez no había manchas, habían desaparecido o la hoja ya no era la misma. Empecé a pensar que a lo mejor se habían equivocado de hoja, pues en ésta sólo aparecía un número.

Me volví para preguntarle a la sombra con voz de hombre si sabía algo de aquel número que me habían asignado, pero ésta se limitó a continuar metiendo hojas de otros en aquella horrorosa máquina infernal. Demasiado grande para el trabajo tan simple que hacía.

Observé que el resto de personas también recibían números a cambio de las hojas con manchas que entregaron en

un principio. Incluso algunas de las personas recibían exactamente el mismo número que yo.

VI

Mientras me encontraba ensimismado observando la máquina, alguien me tocó el hombro:

-Hace un trabajo muy importante -dijo una voz a mi espalda-, archiva vidas.

Volví un poco la cabeza para asegurarme de quién era la persona que me estaba haciendo de guía turístico, aún habiendo reconocido de antemano la voz. Era el mismo viejo que me ayudó en la sala anterior.

-¿Cómo dice? -pregunté, fingiendo no haberle escuchado la primera vez.

-Decía que archiva vidas. Las vidas de todos nosotros están dentro de esa maravillosa creación.

Le miré de reojo, esperando encontrar en su cara una sonrisa irónica, como si aquello hubiese sido algún tipo de broma, pero nada más alejado de la realidad. El tipo estaba hechizado por aquel montón de basura metálica.

-¿Para qué me han dado este número? -pregunté, sacando al viejo de su dulce trance.

-Ese número correspondería a tu Base Imponible Previa -contestó el hombre.

-¿Qué? -no podía entender una sola palabra de lo que el viejo decía.

-Sí, hombre, la Base Imponible Previa. Es lo que ha calculado la Madre -dijo el anciano señalando la máquina.

-Así que ésa se llama Madre -dije con tono despectivo-, espero no ser hijo de ella, o por lo menos, no parecerme demasiado.

-No seas tonto, se llama Madre porque lo sabe todo de nosotros. Y es la encargada de hacer una operación muy sencilla: calcular el resultado de aquello material que has obtenido a lo largo de tu vida, menos lo que se te fue entregado en el momento de tu nacimiento.

-¿Estás hablando de dinero?

-Bueno..., no exactamente, aunque para que lo entiendas podrías verlo así, si quieres.

-No me digas que aquí también importa el dinero que hayas ganado antes de morir -contesté desconsolado y un poco enfadado a la vez.

-Sí, aquí todo cuenta. Pero no te preocupes, el dinero no lo es todo, hay más cosas.

-¿Como qué?

-Ya lo verás en su momento –dijo el viejo mientras se daba media vuelta y dejaba al descubierto dos diminutas alas amarillentas que parecían estar lamidas por un gato. Sus plumas tenían una apariencia pegajosa, como las de un pollo recién nacido.

Después de decir eso desapareció sin previo aviso, y me dejó allí, con un número entre las manos y sin saber exactamente qué debía hacer a continuación.

VII

En la siguiente sala únicamente había un espejo entre tinieblas y esta vez sí me reflejaba en él. En este momento estaba solo. Una luz que no procedía de ninguna parte me iluminaba por completo, de forma que la claridad se proyectaba sobre el espejo y parecía quedar grabada en él durante una milésima de segundo o quizás fuera mucho más. Había algo en aquel espejo que tenía vida propia. Era capaz de atraparme con su reflejo. Es difícil de describir, un magnetismo fuera de lo normal hacía que mi ser entero comprendiera que era inútil luchar contra lo inevitable. Al igual que una polilla acaba por quemarse con la bombilla, terminé pegado al cristal. Sin embargo, para mi total sorpresa aquel no era tan frío y sólido como hubiese esperado en un principio, sino que su textura era similar a la del agua, de manera que pude atravesarlo con facilidad.

Me disponía a continuar un camino de césped, que de nuevo había aparecido junto al espejo, en forma de tubo circular infinito plegado sobre sí mismo, y antes de haber alcanzado a dar un solo paso, alguien me tocó el hombro y dijo:

-¿Dónde vas?

Supuse que sería de nuevo el anciano, por lo que di media vuelta sin esperar que la persona que me había tocado el hombro fuera otra que yo mismo. Desde el otro lado del espejo sonreía al verme tan impresionado, y al mismo tiempo me tendía una mano, entre cuyos dedos iba pinzada una hoja de papel, semejante a la que recibí en la otra sala.

En ésta sí se podían ver una serie de datos inteligibles. En la cabecera de la hoja venía escrito mi nombre: Moisés García, y entre paréntesis los únicos datos que no pude entender: $\alpha P \ddot{U}$.

Debajo habían señalado otra serie de datos personales, como la profesión, el número de hijos, el nombre de la pareja e incluso de otras parejas, el nombre de mis padres, de algunos de mis amigos,... En esa hoja quedaba registrada casi toda mi vida como ente social, casi parecía un socio-grama. Pero había algo que me llamó sumamente la atención. Bajo los datos personales habían colocado una tabla con otros datos que no quedaban tan claros.

Era algo así:

Respeto: 6-8

Tolerancia: 5-6

Solidaridad: 5-6

Empatía: 5-4

...

VIII

Después de haber observado la hoja durante unos instantes levanté la cabeza para observar a mi doble, para ver si él estaba tan perdido como yo me encontraba en aquel mismo instante. Y, en efecto, mi doble en el espejo había vuelto al correspondiente patrón imitativo, de manera que mi pose al otro lado del cristal era exactamente igual a la que yo tenía en ese preciso instante. Sin embargo, algo volvió a llamar mi atención. Tuve que dar un par de pasos hacia atrás y entonces fui capaz de tener una perspectiva lo suficientemente amplia como para poder ver con facilidad la máquina de la que acaba de salir. El símil de la bombilla y la polilla no estaba nada desatinado para esta ocasión, pues en realidad era eso exactamente lo que acaba de hacer, había sido atraído por la luz de la bombilla, solo que esta vez el efecto había sido el inverso, puesto que en vez de atraerme, me había repelido. Al igual que aquella historia en la que la polilla se empeña tantas veces en ir hacia la luz que al final acaba entrando en la misma bombilla.

Yo había terminado saliendo de ella.

-No te preocupes –dijo el viejo, esta vez a mi derecha-, lo más difícil ya está hecho. Lo has conseguido sin darte ni cuenta. Son tantas veces las que lo has hecho... que, a pesar de que no recuerdas nada, hay un mecanismo inherente a tu ser que te hace reaccionar ante los problemas que van surgiendo en tu camino.

Me quedé callado, observándole. Si le había entendido bien, quiso decir que ya había realizado aquel camino en numerosas ocasiones. Por lo tanto, la reencarnación debía de ser un hecho. Algo tan real como la vida y la muerte, como el paso del tiempo.

-¡Claro que la reencarnación existe! –contestó el hombre, como respuesta a mis pensamientos- Si miras de nuevo la hoja verás que junto a tu nombre hay una serie de símbolos incomprensibles, ¿verdad?

Volví a mirar la hoja y allí estaban. Era lo único que no había comprendido literalmente en aquella hoja que describía mi “yo social”.

-Ese es tu verdadero nombre –continuó al ver que sabía de qué símbolos hablaba.

-¿Qué dices? –contesté disgustado- Mi nombre es Moisés García, y soy de todo y a la vez no sé hacer nada. Un día llegué a una aldea y allí viví durante un tiempo con una mujer a la que amaba como a mi propia vida, a pesar de estar muerto hacía mucho tiempo. Ella se llamaba María. También tenía amigos, y vosotros me los arrebatasteis. Fermín, Rosario, Constantino,...

Antes de que pudiera recitar uno por uno todos los nombres que habían significado algo en mi vida, el hombre anciano de la nariz roja tuvo que detenerme para no hacer aquella conversación aún más atemporal de lo que ya estaba siendo de por sí.

-Eso es en esta vida, pero en la anteriores no fue así.

IX

-¿Quieres decir que hubo otras vidas?

-Sí, y otras gentes y otros nombres.

Me miré los pies, pensando si éstos habían sido siempre los mismos, si ellos me acompañaron en cada viaje, en cada camino tomado en las múltiples vidas, si habían soportado el peso de años y años de dura vida humana.

-Tu aspecto también ha ido cambiando, aunque en esencia sigues siendo el mismo, y tu nombre verdadero es el que aparece ahí –y señaló con el dedo los tres signos que yo no había podido descifrar-, ¿lo entiendes?

Asentí con la cabeza, aunque no estaba muy seguro de ello. Acto seguido el viejo me cogió la hoja de las manos y se detuvo a contemplarla, dibujando una sonrisa en la cara cada vez más acentuada a medida que iba leyendo los datos. Después me miró y dijo:

-Esto está muy bien amigo, hay gente que se pasa varias vidas para conseguir ascender un punto en la escala de valores.

No entendía una sola palabra de lo que me estaba diciendo.

-Verás, ¿te acuerdas del número que te dieron en la otra sala?

-¡Mierda! Lo había olvidado por completo. Debí de perderlo al cruzar el espejo.

-No te preocupes –dijo el anciano sonriendo-, el número quedó grabado en el espejo, y por ende en la hoja que te dieron esta vez. Tú no lo verás, pero está ahí. Al igual que están esos números que le dan una cuantía a tu “Escala de valores”.

-¿”Escala de valores”? –pregunté inocentemente.

-Espera, espera, todo a su tiempo. Primero te explicaré lo del número. Ese número, como te dije, corresponde a la Base Imponible Previa, que se obtiene de restar la Base Imponible General del mínimo personal.

-Sigo sin entender una sola palabra.

-No te rindas aún, ten paciencia y lo entenderás todo.

Esperaba poder entenderlo, pero me resultaba imposible dar algún sentido a todo aquello. Prácticamente acababan de sacarme de un hogar en el que me sentía feliz y ahora me metían en este embrollo del que quería salir cuanto antes.

-Mira, la Base Imponible General es un número que se obtiene al sumar todas las cosas materiales que has ido obteniendo a lo largo de tu vida, y el mínimo personal es aquello con lo que empezaste. Es esa parte que obtienes sin esfuerzo alguno al nacer, como es todo lo que te dan tus padres. Pues bien, a la Base Imponible General le restas el mínimo personal y obtendrás la Base Imponible Previa.

-Esto es de locos –dije cada vez más nervioso-, ¿cómo es posible que le deis números a aquellas cosas que yo he conseguido en la vida? ¿Y qué hay de aquello que no tiene valor material, como el esfuerzo, como la lucha diaria y el seguir en pie cada mañana, pase lo que pase?

-No te preocupes, de lo que hablo es de todo lo material, y de lo que tú me estás hablando no es material. De lo material se responsabiliza Madre, como ya te dije. Ella es la encargada de dar valor a todas esas cosas que has logrado con tu esfuerzo, aunque éste, como tú dices, no pueda medirse. Pero queda medido, de alguna forma, computando todo lo que has conseguido en esta vida, ¿lo entiendes?

Asentí por educación, aunque en realidad sentía una rabia contenida, pues todo aquello me parecía bastante injusto.

-Lo importante llega ahora –continuó el anciano con su ya típica sonrisa, que me empezaba a sacar de quicio-, ¿ves los dos dígitos que acompañan a cada uno de los valores de la escala.

-Sí –afirmé.

-Bien, el primero se refiere al valor alcanzado en tu vida anterior, y el segundo número al alcanzado en esta vida. Y como ves, en la mayor parte de los valores has subido al menos un punto. Por eso te daba la enhorabuena. Hay muy poca gente que consiga esto con una sola reencarnación. Cuando entregues esta hoja a Madre, se encargará de baremar, en función de varios coeficientes que, junto con tu “Escala de valores”, vienen dados por todos tus datos personales que aparecen en esa hoja, lo “bueno o malo” que has sido en esta última vida y si has conseguido crecer como persona, si me permites, para que lo entiendas. Y entonces...

X

-¿Entonces qué? –me precipité a preguntar.

El viejo iba a contestar inmediatamente después de haber realizado la pregunta, pero se lo pensó dos veces y al final dijo:

-Entonces nada. Todo a su tiempo. Ahora le toca su turno a tus fortalezas y a tus debilidades, ellas serán las responsables finales de tu Base Liquidable.

-Pero...¿para qué? –grité perdiendo un poco los nervios que llevaba conteniendo durante tanto tiempo ya- ¿de qué sirve todo este maldito proceso? ¿Iré al cielo o al infierno?

-¡Ja, ja, ja! –rió el anciano, cosa que me desesperó aún más, pues no soporto que se rían de mí cuando estoy enfadado- No te enfades, chico, que no me estoy riendo de ti, sino de lo gracioso de tu pregunta. Y es que todas las veces preguntas lo mismo. Aquí, como ya te he dicho cientos de veces, no hay ni cielo ni infierno...bueno, más bien no existe el cielo- y diciendo esto, desapareció.

Aquella última corrección me dejó poco satisfecho. Me acababa de dar cuenta de que en aquel lugar también se tenían sensaciones. No de las que tienen que ver con los sentidos, sino más bien de las que tienen que ver con el miedo irracional. No era exactamente miedo, aunque se le parecía mucho, pues seguro que en un principio esta sensación derivó directamente del terror a la muerte, del miedo a perecer. Sin embargo, la sensación que se estaba apoderando de mí en esos instantes iba mucho más allá del miedo. Estaba desencadenando un torbellino de espesa bruma alrededor de mí. Me sentía terriblemente inseguro. Algo que en aquel lugar tomaba unas dimensiones inconcebibles. No había pensado en ello hasta ese mismo momento, pues no había dudado de que me encontraba en un sitio seguro. La idea de la existencia de un cielo y un infierno se me había adosado a la cabeza de forma tan sólida como la idea de mi propia presencia en aquel lugar, y cuando el anciano corrigió sus palabras al decir que allí no había cielo, pero dejó abierta la posibilidad de la existencia de un infierno, la sensación de inseguridad se había apoderado de mi ser, y ahora estaba a punto de engullirme en una espesa niebla gris. Y de hecho, lo hizo, y todo cambió a mi alrededor.

XI

Andaba sobre un suelo transparente y debajo había gente también caminando. Miré a mi derecha y varias personas vestidas de negro, con el pelo hasta los pies y la mirada perdida en el suelo andaban junto a mí. Había algo casi rítmico en todo aquello. Todos marchaban al son de una música invisible e imperceptible, pero que se hacía realidad en cada paso, en cada pie que se apoyaba al ritmo sobre el suelo. De repente, un pie descompasado rozó el suelo, e inmediatamente recibió una descarga de energía y la persona que era dueña de aquel pie desapareció de súbito.

Me empeñé en seguir a toda costa el pulso de aquel corazón diabólico, cuya maquinaria se nutría de las almas de miles y miles de condenados. Sin duda aquello debía de ser el infierno del que el viejo no quiso hablar. Miré hacia arriba y allí también había gente andando boca abajo. En realidad todos nos encontrábamos en una esfera ingrávida, en la que las dimensiones de arriba y abajo carecían de importancia, pues dependían del lugar donde cada uno se encontrara. Al otro lado del suelo transparente había también gente caminando sobre otro suelo, que a su vez formaba una esfera, cuyo radio era un poco mayor que el de la que yo me encontraba. Ésta también era transparente, por lo que dejaba al descubierto una nueva esfera, aún mayor que la anterior. De esta forma se podían ver infinitas esferas, cada vez mayores y, por lo tanto, con más almas en su interior, intentando hacer girar con sus pasos unas máquinas despiadadas que se alimentaban de una música inexistente.

De nuevo, alguien se salió del ritmo, y sus pies tocaron el suelo a destiempo, con lo que una nueva descarga de energía surgió del suelo de la esfera. Se podía sentir esta descompensación en el ritmo al igual que se siente una nota desafinada en medio de una gran orquesta. Curiosamente aquella persona desgraciada era la que yo tenía a mi derecha, por lo que pude verla desaparecer en ese mismo momento. Inmediatamente ese alma apareció de nuevo bajo sus pies, en la esfera seguidamente mayor a la que me encontraba. Entonces me percaté de que en el momento en el que alguien equivocaba el ritmo era condenado a la esfera inmediatamente posterior.

Mi esfera parecía ser la última o la primera, según se mire, pues era la más pequeña de todas, y en la que menos almas había. Esta vez alguien desapareció de la esfera de abajo y resurgió en la que yo me encontraba. Continuó su paso como si tal cosa, pero un débil tambaleo al iniciar el primer paso, le hizo perder el ritmo, con lo que de nuevo, la descarga de energía le devolvió a su antigua esfera. Entonces comprendí que de lo que se trataba era de escalar posiciones en las esferas, y la mía debía de ser, por suerte, la última en aquella infinita escalada. No comprendía por qué me habían colocado en la última y no en la primera, ni cuánto tiempo debía permanecer en ella, pero de momento, esto no me preocupó demasiado.

XII

De repente hubo un ¡chof!, y alguien que tenía delante desapareció. Me esforcé por buscarle en la esfera de abajo, pero no apareció. Supuse que había terminado con su condena, y aquello me dio ánimos. Era lógico pensar que se podía salir de allí.

De repente, tres personas delante de mí vi a Pedro, El Solitario. Caminaba cabizbajo, pendiente de sus pasos, de no perder ni por una milésima de segundo el ritmo, ajeno al resto de los presentes en aquella burbuja. No pude contener el llamarle efusivamente. Las palabras salieron de mi boca, pero no llegaron a los oídos de aquel pobre hombre. Una luz vibrante, similar a la energía que desprendía el suelo, salió de mi boca y lentamente emprendió un camino al azar. Las palabras flotaban en un aire denso como el agua, y a su paso iban rompiendo el espacio, dejando en su lugar una estela negra de vacío. Por fin, tocaron a un hombre alto que andaba un par de puestos delante de mí y éste desapareció por completo. Me entristeció la idea de pensar que alguien había descendido de esfera por mi culpa. Pero esto era mucho peor que eso. La persona que había desaparecido, dejó en su lugar un hueco tan oscuro como la muerte. El hueco iba siendo recuperado poco a poco por el espacio, hasta que al fin todo volvió a su forma habitual, y el negro espeso de la nada quedó reducido a un instante olvidado ya. Tan olvidado como la persona que había desaparecido para siempre por mi culpa.

La experiencia anterior me hizo comprender que no había lugar en aquel detestable infierno para otra melodía que la que los pies ejercían con su desgano paso sobre el suelo. Las palabras eran castigadas allí con el olvido, algo peor que la mismísima muerte.

Estuve a punto de perder el ritmo en varias ocasiones, pues lo que de verdad importaba allí era tener la mente despejada de ideas difusas. Lo verdaderamente útil era no pensar en otra cosa que en el ritmo que ejercían tus pies sobre el suelo.

Otra vez estuve a punto de perder el ritmo, pues me pareció escuchar la voz de María, dándome ánimos, pidiéndome que no me rindiera, pero aquella voz debía de estar dentro de mi cabeza y, por suerte, aquella especie de castigo a la que fui sometido sin ningún motivo previo, a mi parecer, no duró

demasiado tiempo. En seguida noté una fuerza que hacía presión en mi cuerpo desde todos los ángulos posibles, de forma que sentía como si dos manos gigantes intentasen aplastarme lentamente. Cuando creí que ya no aguantaría más me vi a mí mismo en un lugar muy distinto.

Ante mis ojos un desierto negro se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Ni un pequeño monte, ni una flor, ni un simple arbusto rompían con la monótona imagen. Tan sólo un débil resplandor rojizo surgía al fondo como diminutas pinceladas en el cielo de un paisaje pintado a óleo sobre un lienzo. En el suelo había agujeros negros, en cuyo interior burbujeaba impaciente un líquido viscoso. Parecía querer atraparme entre sus ennegrecidas moléculas. En aquel lugar los sentidos no eran prácticos, pero si hubiese podido hacer uso de uno de ellos, el olfato, éste seguramente habría confirmado con creces la idea de que todo aquel viscoso líquido transmitía un olor fétido y nauseabundo. En lugar de provocar náuseas, todos esos agujeros ejercían una influencia directa sobre mi estado de ánimo. No olían verdaderamente, pero su fetidez se apoderaba de los sentimientos más recónditos de mi alma, y se agarraban a ellos para después tirar con fuerza. Quizás no pudiera explicar lo que sucedió a partir de ese momento. Cuando se trata de sentimientos el raciocinio es incapaz de establecer distinciones claras. Normalmente éstos se mezclan unos con otros, formando una amalgama informe, de la que, de vez en cuando, alguno sobresale un poco más en relación al resto. Es en ese momento en el que podemos ponerle nombre.

XIII

Me encontraba allí parado, sintiendo que el interior de cada uno de los pozos surgía de su oscuro escondrijo, buscaba en lo más profundo de mi alma, encontraba aquello que estuviera buscando y tiraba con fuerza hasta que lo sacaba de mí en dirección al pozo del que una vez salió. Una vez allí, se mezclaba con la sustancia viscosa, rebotaba hacia el cielo, a modo de pelota de goma, y en el aire se mezclaba con otras pelotas que habían surgido de otros pozos, y de otros oscuros rincones de mi alma.

Aquello, sin duda alguna, eran mis debilidades. Ahora formaban una pelota inmensa, que se acercaba cada vez más al débil resplandor del fondo. Allí siempre hubo un enorme lago de aguas negras, en cuyo interior nadaba el más ancestral de todos los peces. De un coletazo fue capaz de alcanzar la superficie. Consiguió sacar del agua todo el cuerpo y quedó durante unos instantes, o quizás una eternidad, suspendido por completo sobre el agua. Era diez veces más grande que la pelota que mis debilidades habían formado. Abrió la boca y la engulló entera. Después volvió a caer al lago.

Esta vez nadé con más fuerza, intentando deshacerme de la terrible carga que acababa de engullir. Me quemaba el interior, y por más que quería vomitarla, me fue imposible. Por fin, me di cuenta de que cuanto más intentaba sacarlo de mi interior, más descendía a las profundidades del lago. Era incapaz de nadar. No intenté resistirme, acepté la carga que llevaba en mi interior e, inmediatamente comencé a ascender. En el camino se había producido otro proceso del que no me había percatado. De nuevo era yo mismo, ya no era un pez gigante, pero había cambiado de color. Una tonalidad verde azulada, moteada con varias manchas rojizas, se había apoderado de mi piel.

En la superficie una corriente me arrastraba. Decidí no luchar más contra lo desconocido. Debía dejarme llevar. Esta vez era guiado hacia el débil resplandor que surgía a lo lejos, al fondo del lago. A la velocidad a la que me transportaba la corriente no tardé en llegar hasta allí. Resultó que el resplandor marcaba el límite del lago. Allí parecía desaparecer. A medida que me iba acercando comprendía que el lago desaparecía en una enorme catarata hacia el vacío. Antes de que pudiera reaccionar

ya estaba dando el salto. Allí abajo no había otro gran lago de agua, sino que el mismo agua de la catarata rompía en lo que parecía el cráter de un volcán. Las llamas trepaban hasta casi alcanzarme. No podía sentir el calor del fuego, pero el miedo que me producía era el mismo. En la caída, las llamas me golpeaban la cara y cada vez que una lo hacía, parecía hacerlo como un látigo, de forma que el extremo de la llama se enrollaba alrededor de mí y me agarraba con fuerza. Algo en mi interior se iba en cada sacudida, lo podía sentir. Fueron muchas las veces que una llama consiguió arrancarme un pedazo. Aún así seguía intacto. En lugar de un volcán en erupción parecía un pulpo de fuego, cuyos tentáculos luchaban por despedazarme y llevarme a la boca. Al final fui engullido por el pulpo...

XIV

Caí sobre miles de cuerpos desnudos sin poder evitarlo. En la caída me percaté de que yo mismo también lo estaba. Aquellas personas no parecían tener nada más que huesos. Estaban tan flacos como... tan flacos como yo. Sin quererlo había aposentado el trasero bruscamente sobre la cara de alguien que luchaba por respirar. Se trataba de una reacción puramente psicósomática, pues la verdad, allí no era necesario respirar. Aparté el culo como pude y la única forma que encontré de hacerlo fue poniéndome de rodillas, clavando una de éstas sobre la panza de alguien que desaparecía entre la multitud unos centímetros más abajo. Hundí la otra en el muslo de uno que luchaba por no ser engullido por el enjambre de huesos. De vez en cuando caía un cuerpo del techo e iba a parar sobre algún desgraciado que cada vez lo tenía más difícil para mantenerse a flote. Además de huesos, brazos desesperados que luchaban por tocar algo de espacio vacío, piernas que quedaban al aire porque los cuerpos a los que pertenecían ya habían sido tragados como la mayoría, cabezas que esperaban a que algún culo les cayera encima y les cortara de golpe la conexión con el mundo exterior,... además de esto, miré a mi alrededor y vi que me encontraba en una enorme sala casi redonda. Me recordaba a las burbujas que había considerado como un infierno, pero empezaba a pensar que esto era mucho peor. Extasiado por el desasosiego que se iba produciendo poco a poco en la cámara, me fue difícil verlos, pero finalmente lo hice. Al principio sólo una mancha blanca, con alguna sombra negra en su interior. ¡Un ojo!, grité en voz alta, aunque nadie me escuchó, porque la mayoría se esforzaban verdaderamente para que sus lamentos se pronunciaran por encima del de la mayoría. En efecto, había alguien allí afuera, y nos observaba. Tal y como sucedía en las burbujas, el material del que estaban hechas las paredes de este lugar, también era translúcido, y al otro lado se podía ver gente. Eran enormes, un ojo suyo podía ser fácilmente del tamaño de un ser humano. Parecían estar disfrutando del espectáculo. En cierta forma, aquello me trajo recuerdos de la infancia. Me vi a mí mismo mirando por los agujeros que varios años antes había practicado con un lápiz a la caja de zapatos que robé del armario de mi hermano mayor. La quería para guardar los gusanos de

seda que mi amigo Alberto me había regalado en el colegio. Él tenía muchos y sus padres estaban un poco desesperados con tanto bicho en casa. Eran tantos que cada año había más y resultaba muy complicado mantener constante la procreación de los especímenes y más aún encontrar comida para todos esos insectos. A mí me gustaba observarlos por los agujeros, allí dentro, ajenos a mi presencia. En cierto modo me hacía sentir como un ente todopoderoso que es capaz de controlar la vida de unos insignificantes seres. Pero mi conciencia siempre estuvo tranquila, pues intentaba no molestarlos y por eso miraba por los agujeros en lugar de abrir la caja de golpe y que la luz inundase su interior, cegando a los pobres gusanos, que ya se habían acostumbrado a comer en la oscuridad. Ellos eran realmente libres en las cuatro paredes de la caja que les había facilitado para su proceso vital. Incluso cuando eran polillas debían de estar dentro de la caja para que no pusieran los huevos en otro lugar de la habitación, sino en la caja. De otra forma terminarían muriendo... o eso creía yo.

XV

Había algo en lo que aquella esfera se diferenciaba de las anteriores. Las paredes eran tejidos maleables, pues se movían al contacto con la gente. Muchos intentaban desgarrarlas, pero les resultaba imposible, por lo que descarté esa posibilidad como vía de escapatoria. Pero lo fundamental era que cada vez tenía que levantar más la cabeza para observar a los entes exteriores. Eso me hacía pensar que la masa de gente iba descendiendo debajo de mí. Llegué a la conclusión de que lo más probable era que al fondo hubiese alguna salida, muy similar a la boca por la que había entrado, en forma de válvula de estómago. De manera que no lo pensé más y comencé a sumergirme entre la gente. Era realmente complejo intentar descender, pues cuanto más lo hacía, mayor era la presión que ejercían los cuerpos, y más juntos estaban unos de otros, por lo que quedaba un espacio nulo para poder arrastrarse entre ellos. Finalmente quedé atrapado, y lo único que pude hacer fue esperar.

¡Qué importa!, me dije a mí mismo. Pero aquello parecía inmóvil. Pasó una eternidad y aún no se había movido de posición. Empecé a pensar que mi teoría había sido errónea, y que ahora era demasiado tarde para volver atrás, pues me encontraba atrapado por centenares de cuerpos que yacían como podían sobre mí. La sensación era espantosa, y ahora sentía realmente que el tiempo se había detenido para todos, como si de repente, hubiesen cerrado la ventanilla que nos iba a atender, después de llevar toda la mañana esperando a que nos tocara el turno. Sólo que yo llevaba allí una eternidad.

En los cientos de eternidades que precedieron a aquella eternidad primera algo empezó a moverse. La siguiente eternidad fue sólo un poquito, la de después un poquito más, la de después de la de después un poquito más aún, y así sucesivamente, de forma que en cada eternidad iba ganando terreno. Así, en las últimas eternidades volví a tener un recuerdo. Esta vez evoqué las horas que había pasado frente al volante de un turismo, esperando tras una dura jornada de trabajo a que el tráfico alcanzara una fluidez adecuada, o mejor dicho, esperando que el coche que tenía delante anduviese de una puta vez. Y cuando por fin lo hacía, todo el tiempo que había pasado detenido parecía no haber servido para nada, pues

la carretera parecía descongestionarse de golpe. Era lo que solían llamar el “efecto embudo”. Y eso era precisamente lo que estaba pasando en estas últimas eternidades. Mi teoría debía de ser cierta y cada vez era más real la posibilidad de una salida inmediata de aquel mar de cuerpos desnudos.

La salida fue más bien una expulsión, y esta vez no pude dejar de pensar que aquello debía de ser lo que sentí al nacer, en el momento del parto. Tal y como había imaginado, una especie de válvula los lanzaba al exterior como unos labios de niño lanzando huesos de aceituna por la ventana de su casa a los transeúntes que caminan distraídos por la acera unos metros más abajo.

Lo bueno de los atascos es que, aún habiendo pasado horas esperando a que el tráfico fluya, cuando realmente comienzas a rodar sobre la carretera y el viento que entra a través de la ventanilla peina tus cabellos, es entonces cuando olvidas todo lo sufrido.

XVI

Aterricé en un campo de rosas. Los rosales estaban en flor y las espinas se clavaban en mi cuerpo hasta el hueso. Busqué un camino libre de rosales, para evitar los pinchazos. Fue en vano y aquellos diminutos punzones parecían anzuelos. Penetraban en mi piel y al intentar desembarazarme de ellos era mucho peor, pues arrancaban tiras de mi cuerpo. El dolor era insoportable. Debía salir de allí cuanto antes, porque los rosales parecían cobrar vida e intentaban orientar sus pinchos contra mí. Estuve a punto de ser rodeado por varios de ellos, pero logré encontrar un agujerito por donde escapar. Corrí y corrí, a pesar de la quemazón que se iba produciendo en mis pies a causa de las espinas. Advertí en la carrera que las rosas se habían teñido de un color rojo vivo, similar al rojo de la sangre. Ya no había ni una sola rosa blanca, amarilla o rosa.

De repente, el campo de rosas desapareció ante mí. Ya no quedaban espinas para clavarse en mi cuerpo, sólo un desierto blanco y al fondo un puntito negro, a ras del horizonte, contrastando con un claro amanecer azul, como los del invierno más frío.

Avancé desesperado hacia el punto negro que cada vez era más grande. Ya no había dolor, en realidad no sentía absolutamente nada. Recordé a los seres gigantes que había visto en la cámara anterior. Agradecí no haberme topado con ellos a la salida, no quería ni pensar si unas inofensivas rosas habían desgarrado su piel de una forma tan violenta, qué harían conmigo aquellos seres gigantes.

Lo que un principio fue un punto negro se había convertido a mi llegada en una enorme fila de gente. Volvía a estar como al principio. La multitud de gente que se encontraba una tras otra era tan grande que no se veía el principio de la fila, ni qué había más allá.

Me fijé en el ente que tenía frente a mí. No tenía cuerpo, era una especie de ser gaseoso, con un tono azulado. Cambiaba de forma continuamente. Unas veces tenía rostro de hombre y otras de mujer. A veces era alto, y acto seguido, era un hombre rechoncho.

-Todavía no sabe qué quiere ser –dijo una voz familiar a su izquierda.

Por primera vez me alegraba de ver al viejo de la nariz roja. Ni siquiera conocía su nombre, pero se había convertido en una presencia tan familiar como la de un padre. En realidad, ni siquiera la presencia de mi padre podría haberme hecho sentir tan seguro como lo hacía aquel anciano. Era la voz de la sabiduría, el único vínculo que tenía con la cordura.

-Me alegro de verte –dije, sin prestar atención a las palabras que antes había citado.

El viejo se limitó a sonreír y continuó:

-Si te fijas, ninguno lo sabe aún –y diciendo esto señaló a la gente que hacía fila.

Por fin entendía qué quería decirme. Miré al resto de los presentes. Todos tenían el mismo aspecto gaseoso y azulado que mi compañero de delante, y también cambiaban continuamente de rostro y de forma. Irradiaban paz y tranquilidad con solo mirarlos.

-Y si te fijas bien, comprenderás que ni siquiera tú mismo lo sabes –dijo mirándome con un aire más paternalista que nunca.

Bajé la mirada hacia mis manos, abrí las palmas hacia arriba y di un salto hacia atrás. No podía creerlo, carecía de piel y huesos. Yo también había adoptado sin quererlo aquella forma gaseosa.

-Las rosas te despojaron de tu cáscara. Ellas hicieron el trabajo difícil, tú sólo tuviste que correr. Y lo que ves ahora es tu alma.

XVII

Observé de nuevo mis manos y brazos. Se iban produciendo sutiles cambios en sus formas, y eso me hizo pensar que mi rostro también cambiaba, como les sucedía a los demás. Sin embargo, había algo que permanecía constante. El gas del que estaba hecho, a su vez estaba formado por débiles fibras luminosas azuladas, excepto una que recorría mi cuerpo a modo de arteria, y como éstas era de un color rojizo brillante.

-Es tu Base Liquidable. El resultado de un proceso de análisis de tus experiencias en tu última vida, llevado a cabo por nuestra gran anfitriona, Madre. Creo haberte hablado alguna vez de ella, ¿no es así?

-Sí, lo has hecho varias veces –contesté sarcásticamente, sin poder dejar de mirarme las manos-, ¿cómo que mi Base Liquidable?

-Pues eso, es el resultado final de una serie de complejos cálculos que determinan si has aprendido algo en la otra vida, y yo creo que sí –dijo señalando la arteria roja que surcaba mi cuerpo-. Por suerte, es roja y eso indica un buen proceso de aprendizaje, pero si... por el contrario... fuera... azul... eso sería mala cosa...

-Significaría que no he aprendido nada –interrumpí su monólogo por miedo a que se quedara dormido, viendo que cuanto más detenía sus palabras, más agachaba su cabeza.

-¡No! Sería mucho peor. Eso significaría no sólo que no has aprendido, sino que además has retrocedido en tu proceso de aprendizaje. ¡Bueno! –cambió de tono, dejando claro que no quería seguir hablando del tema- Pero no hay que preocuparse por eso, has alcanzado una buena puntuación, el excelente color rojo de tu Base Liquidable lo denota. Cuando llegues al final de esta fila deberás mostrar tu Base Liquidable y entonces podrás elegir destino, teniendo en cuenta la posición que te corresponde.

-No entiendo nada –dije haciendo un ademán con la mano.

-No te preocupes, es complicado al principio, pero te aseguro que lo cogerás en seguida. Cuando llegues al final enseña tu mano. Ellos te colocarán un aparatito y de esta forma podrán saber todos tus datos y estimar en qué categoría puedes

elegir destino. Las categorías son escalones que todos debemos ir superando. De la misma forma que en esta vida fuiste inventor, en la próxima vida te darán a elegir entre varios cargos técnicos. Tómalo como un ascenso. También podrás elegir diferentes aspectos de tu personalidad o factores ajenos a ti, como es la suerte.

-Yo elegiré tener suerte, porque lo que es en la otra vida no tuve mucha que se diga.

El anciano parecía divertirse una vez más a cargo de mis contestaciones.

-No hombre, eso no se elige así. Todo el mundo tendría mucha suerte. La suerte ya viene predeterminada por tu Base Liquidable, pero tu puedes elegir tener suerte en determinadas parcelas únicamente, como en la salud, el trabajo o en el amor, o repartirla entre todas las parcelas, con lo que tu nivel de suerte se verá reducido considerablemente y casi no afectará en tu vida. A no ser que cuentes con mucha suerte para repartir. La verdad es que la mayoría de gente de tu categoría elige tener suerte en la salud, pero también los hay ambiciosos que desean tener suerte en las finanzas, con lo que el resultado puede ser tener mucho dinero durante algunos años y morir joven. Otros más románticos eligen tener suerte en el amor. Esos suelen ser idealistas que terminan por suicidarse si la suerte se les acaba en el momento más inoportuno. En fin, no quiero incidir mucho en tu decisión, al fin y al cabo, es tu vida.

Todo aquello era surrealista, pero la verdad es que no carecía de lógica. En mi vida anterior, siempre tuve la sensación de que no había nacido para tener suerte. A mi alrededor la gente conseguía buenos puestos de trabajo sin esfuerzo, o les tocaba un pellizco a la lotería o aparcaban siempre cerca de casa. Ese no era mi caso. Siempre que llegaba tarde al trabajo se estropeaba el tren en el viajaba, llovía a la salida y encima me habían robado el paraguas. Sin embargo, nunca tuve ninguna enfermedad de gravedad. Esa fue la única suerte con la que conté, que no era poca, la verdad.

XVIII

Recordé que el viejo no había querido hablar de qué ocurría si tu Base Liquidable era negativa. En la vida anterior debí de haber elegido ser un poco cotilla, pues siempre me interesé por la vida de los demás. Quizás no fuese una costumbre muy correcta, pero nunca pude evitarlo.

-¡Oye! ¿Las burbujas en las que estuve atrapado son para los que no han aprendido nada en su última vida?

El viejo me miró sorprendido. Había dado por hecho que él conocía cada paso que daba. No debía de ser así, porque su cara de sorpresa le delataba.

-¿Estuviste en las burbujas? –preguntó y yo asentí con la cabeza. El viejo se tocó la barbilla en señal de estar meditando algo- Casi nadie consigue escapar de ellas. Están diseñadas para atrapar a los débiles de mente. Aquí se permite casi todo, menos ser cobarde. ¿Tuviste miedo en algún momento?

Recordé que él había hablado de la existencia de un infierno, y que aquello me causó por primera vez una sensación de miedo e inseguridad.

-Sí –contesté.

-Es una prisión, la más terrible de todas. Peor que el mismísimo infierno. Yo pensé que tu estarías libre de ella, pero debí de equivocarme. Aquí cualquiera puede sentir miedo. Pero eso no les gusta a “ellos” –palabra en la que ejerció un énfasis especial-, se sienten cuestionados. Se supone que este es el lugar más maravilloso del mundo, y tú no eres quién para sentir miedo, y si lo haces, dejas de servirle en su plan secreto. Cuando llevas algún tiempo allí pierdes la cordura y ya nada importa. Es entonces cuando no te preocupas en seguir el ritmo y vas cayendo de burbuja en burbuja hasta perderte en la inmensidad del infinito para siempre. Por eso me sorprende que hayas llegado hasta allí y estés de vuelta –por fin volvió a sonreír relajado para volver a cambiar el semblante, señal de se había acordado de algo no tan agradable como mi regreso del infierno-. Si tu Base Liquidable es negativa te quedarás aquí para un poquito menos de tiempo que siempre. Tu objetivo será recibir a los recién llegados y acompañarlos en su camino.

En principio no pareció nada complejo, salvo por el tiempo que debías permanecer en aquel lugar. Pero si lo mirabas

objetivamente allí el tiempo era maleable, difícil de atrapar en días, meses o años. Y en cuanto te descuidases un poquito, habrías cumplido con tu condena.

-Lo peor de todo es que cuanto más tiempo pasas aquí, más te cuesta no dudar de los actos de “ellos”, y más cerca estás de caer bajo las garras de la prisión de las burbujas.

-¿Quiénes son “ellos”? –pregunté, intentando darle el mismo énfasis que el anciano le había dado a esa misma palabra.

-Ya los conocerás, son los “creadores”, los “todopoderosos”, el bien y el mal personificados, los jueces y también los abogados.

XXXXVIII

Yo había hecho todo lo que el viejo me había dicho. Había dos seres enormes. Podría decirse que eran semejantes a los humanos, pero también podría decirse que no lo eran, pues su tamaño superaba con creces al de cualquiera. Eran dos torres enormes, sentadas en sillas de piedra que parecían montañas. No paraban de discutir al tiempo que jugaban una partida de ajedrez.

-En la siguiente vida será mujer –decía uno de ellos.

-Pues no entiendo el porqué –protestaba el otro.

-¿Quizás porque lleve ocho vidas seguidas siendo un hombre? –preguntó irónicamente el que estaba empeñado en que yo fuera una mujer.

-Deberíamos convertirle en polilla, puestos a cambiar, que el cambio sea grande.

-No digas estupideces, sabes sobradamente que hace más de doscientas vidas que ascendió de escala. De ninguna manera puede volver a ser un insecto. Como mucho podríamos devolverle como un calamar...

XIX

Llevaba en las manos un buen taco de hojas, en las que aparecía una larga lista de posibles apariencias, de posibles trabajos a desempeñar, de características personales,... Decidí no hacer caso de las sandeces de aquellos dos gigantes locos y comprendí que si señalaba algunas de las opciones con el dedo, ésta quedaba marcada en un color un poco más oscuro.

Elegí ser mujer. Siempre había deseado saber qué se siente llevando un ser de tu propia sangre en el interior. También elegí otras tantas cosas, como tener suerte en lo referente a la salud, o tener buena destreza manual, o ser un poco más tolerante,...

No es que fuera sencillo rellenar todo lo que pedían, pues las decisiones eran verdaderamente complicadas. No siempre tenía la posibilidad de elegir las cosas que consideraba buenas, había incompatibilidades, y a veces, ni siquiera aparecían. Estuve buscando mucho tiempo la opción de ser valiente, pero no la encontré por ninguna parte. Con mi Base Liquidable me estaría vedado demandar esa cualidad. A veces, unas opciones rechazaban de pleno otras. Por ejemplo, marqué la casilla en la que ponía “Ambicioso”, e inmediatamente desapareció la casilla en la que ofertaban la característica de “Solidario”. Por supuesto, cambié inmediatamente mis contestaciones.

Cuando terminé de rellenar todos los anexos se los entregué a uno de aquellos seres gigantes, al más peludo, que seguían discutiendo si yo debería ser guapo o feo. Uno decía que mi belleza debería compararse con un día nublado por la polución de una gran ciudad, y el otro estaba convencido de que la gente debía de asustarse cuando se cruzara conmigo por la noche.

Antes de marcharme, los gigantes me advirtieron de que no había rellenado la casilla en la que ponía que estaba de acuerdo con la cláusula 9.95, en la que básicamente apelaban a la libertad personal, y que venía a decir que todas aquellas cualidades que había elegido, no servirían de nada si no me las ganaba, y hacía que mi Base Imponible siempre fuera positiva.

Por supuesto, acepté. ¿Quién sabe qué hubiera sido de mí si no lo hubiera hecho?

